

RODRÍGUEZ GALVÁN, IGNACIO (1816–1842)

MUÑOZ, VISITADOR DE MÉXICO

PERSONAJES:

MUÑOZ
DON BALTASAR DE SOTELO
GONZALO NÚÑEZ
DIEGO TRISTÁN
DON PEDRO DE QUESADA
DON BALTASAR DE QUESADA
DON FERNANDO DE BOCANEGRA
CELESTINA DE ALBORNOZ
BERTA
CONJURADOS,
SOLDADOS

México, 1567.

Los trajes son a la española, del siglo de Felipe II

JORNADA PRIMERA

PASO PRIMERO

(Cámara de Muñoz, decentemente adornada. Una puerta a la izquierda de los actores, otra pequeña y excusada a la derecha, un armero embutido en la pared del fondo; en el proscenio y a la derecha un bufete de caoba suntuosamente labrado, un sitial cubierto de relieves y algunas sillas esparcidas en la estancia. Noche.)

ESCENA I

MUÑOZ: (Sentado en el sitial.)

Agitación y pesar,
y martirios furibundos,

me atormentan iracundos
sin dejarme respirar.
¡Que no pueda yo encontrar
el reposo que deseo!...
Triste estuve en el paseo
y en la actualidad lo estoy...
Por donde quiera que voy
fantasmas y espectros veo.
Temo que los mexicanos
se levanten contra mí,
y penetren hasta aquí
sus puñales inhumanos
temo se gocen ufanos
en despedazar mi pecho;
veo mi cuerpo deshecho,
y en sangre miro bañado
mi aposento perfumado
y mi suntuoso lecho.

(Entra Gonzalo Núñez, por la puerta de la izquierda, coca el sombrero en la mano,
y se pone detrás de Muñoz.)

Temo Felipe se enoje
por los hombres que mandé
al cadalso, y temo que
su voluntad a él me arroje.
Entonces otro recoge
el fruto de tanto afán:
mis enemigos verán
mi muerte con alegría,
y a gozarse en mi agonía
los que aprisioné saldrán.
Cuando se apodera el sueño
de mis sentidos cansados,
multitud de condenados
me miran con torvo ceño
con tenaz feroz empeño
me acosan y me atormentan,
todas mis venas revientan,
me sacan el corazón,
me dejan ya sin acción
y silenciosos se ahuyentan.

(Vase Núñez de puntillas hasta la puerta por donde entró, y allí arrastra los pies
para llamar la atención de Muñoz, el cual sigue hablando.)

Disimular deberé
las inquietudes de mi alma,
y que mi pecho está en calma
que todos crean haré.
Bien mis tormentos sabré
ante la corte ocultar.
Mandaré decapitar
a todos los sospechosos:
con suplicios espantosos
haré a México temblar.

(Núñez hace que cierra la puerta y tose con fuerza)

ESCENA II

(Muñoz, Núñez.)

MUÑOZ.- (Oyendo toser a Núñez)
¿Ahí mucho tardabas, Gonzalo Núñez?

NÚÑEZ.- Señor;
es tan difícil la empresa
que vucencia confió
a mi cuidado y afanes,
y es el tiempo tan veloz,
que pasan horas y días
para dar un paso.

MUÑOZ.- Estoy
en ello; pero tu astucia,
¿por último consiguió
seducir a los criados,
y entrar en la habitación
de la esposa de Sotelo?

NÚÑEZ.- Nada he conseguido.

MUÑOZ.- (Sorprendido.) ¿No?

NÚÑEZ.- Ya dinero les he dado,
que es el remedio mejor
para hacer que me ayudasen
en tan ardua comisión;
pero solos ellos nada
harán en nuestro favor,

si primero no arruinamos
una fortificación
que es robusta, inexpugnable,
como el ángel del Señor.
Seducir es necesario
a Berta, porque si no,
para hablar a Celestina,
vanos los intentos son.

MUÑOZ.-Pues esa Berta...

NÚÑEZ.-Es mujer
que, aunque ahora está en la flor
de sus años, es prudente
como un viejo setentón;
además, adora mucho
a Celestina Albornoz:
con ella ha vivido siempre,
con ella, en fin, se crio.
Berta era hija de un sargento
que quiso con mucho ardor
al padre de Celestina,
y dio muestras de adhesión
siempre a la familia toda
de su rico protector.
Cuando ya cargado de años
al sepulcro descendió,
dejó el triste abandonada
la niña a su bienhechor.
Esta a Celestina quiso
con tan fervoroso amor,
que nunca, ni un solo instante
de su lado se apartó;
de suerte que es imposible
conseguir haga traición
a lo que más en el mundo,
después de Dios, adoró.

MUÑOZ.-Quiere decir esa historia,
que refrene mi pasión
y aparte mis pretensiones
de Celestina Albornoz.

(Levantándose.)

Pues no será así; yo tengo

fuerza: soy visitador:
como la del rey Felipe
es poderosa mi voz.
Si tú no me sirves, ciento
ansiando están el honor
de ser confidentes fieles
del licenciado Muñoz.
Y aun cuando éstos me faltaran,
señor Núñez el traidor,
del verdugo el hacha fuerte
dividiría veloz
la cabeza de Sotelo,
la de Berta y la de vos;
y pisando vuestra sangre, .
Celestina aquí...

NÚÑEZ.-Señor,
vuecelencia me dispense,
infiel y traidor no soy;
os he servido con celo,
trabajado he con tesón...
No es culpa mía que sea
Celestina de Albornoz
casta, y a su esposo adore,
y que Berta tenga honor.
Un medio de seducirla
no más se proporcionó:
lleno de afán y con maña
lo puse en ejecución.
He hablado a Berta de amores;
ella al fin correspondió,
y todas las noches me habla
desde un pequeño balcón.
¿Podré hacer más? Ella misma,
luego que bastante amor
me tenga, nos servirá:
bien seguro dello estoy.

MUÑOZ.-(Pensativo.) Es verdad, Gonzalo Núñez,
veo que tienes razón.
Tú me has servido... Ni menos
jamás esperaba yo
de tu celo y tus virtudes,
y de tu buen corazón.
Altamente satisfecho
de tus servicios estoy:

nunca he pensado que tu alma
se cubriera de baldón.
Sacándote de soldado
te hizo alférez mi amor,
y ya veo que mereces
otro nuevo galardón.

NÚÑEZ.-Señor, de bondades tantas
confieso que indigno soy.

MUÑOZ.-Bien. Ya puedes retirarte,
que tengo quehaceres hoy.
Guárdate de ir esta noche
a la cita del balcón.
No hagas nada por ahora;
mañana, al ponerse el sol,
ven a verme, y diré entonces
cuál es mi resolución.
En este momento mismo
a un asunto grande voy
de Estado.

NÚÑEZ -¡Tantos negocios! ...

MUÑOZ.-Es verdad. Vete con Dios.

NÚÑEZ.-Mañana...

MUÑOZ.-A las oraciones.

NÚÑEZ.-*(Aparte, al irse.)*
(Nunca de amistad la voz
de un miserable tirano
los oídos halagó.)

(Luego que se va Núñez, cierra Muñoz la puerta izquierda con una llave, y saca otra pequeña de su bolsa, con la cual abre la puertecilla excusada.)

ESCENA III

(Muñoz, Tristán.)

MUÑOZ.-Diego Tristán.
(Sale Tristán por la puerta excusada.)
¿Escuchaste?

TRISTÁN.-Todo, señor.

MUÑOZ.-¿Ha mentido?

TRISTÁN.-No, señor: en lo que he oído dice verdad.

MUÑOZ.-¿Espíaste sus pasos, como te dije?

TRISTÁN.-Sin hacerle sospechar que le quiero vigilar, le sigo a do se dirige. Es cierto que enamorado de Berta está; mas decir no podré si es por servir de vucelencia el mandado. Desde un balcón no muy alto, le habla siempre la criada; puede él dar una escalada al balcón, no más de un salto.

MUÑOZ.-¿Tan bajo está?

TRISTÁN.-Sí señor; con un pequeño cordel bien podrá subir a él uno que tenga valor.

(Muñoz se asienta; apoya el codo en la mesa, y carga la cabeza en la mano, como en actitud de meditar.)

No es grande empresa por cierto; que cien veces he subido, del mismo medio valido, a una torre, y no estoy muerto. Contra mi astucia seguros, no hay balcones, ni terrados, ni paredes, ni tejados, ni de un castillo los muros. Cierta vez, como por broma, subí a un oscuro aposento: me sintieron, y al momento bajé por una maroma. Sin duda en el cielo se halla

un amigo que tenía
como gato se subía...

MUÑOZ.- (Levantándose súbitamente, y como engolfado en sus ideas.)
Ponme una cota de malla.

TRISTÁN.- (Dirigiéndose al armero y sacando la cota.)
¿Que vais a salir, señor?

MUÑOZ.- Sí, que olvidarla no puedo.

TRISTÁN.- (Aparte.)
(Por no tener tanto miedo
no fuera visitador.)

(Poniendo la cota a Muñoz.)

Ni una bala de cañón
podrá romper esta malla.
¡Qué tejido! una muralla
es corta comparación.
Si Pizarro hubiera estado
cubierto con esta cota,
sin duda el puñal se embota,
y no muere asesinado.

MUÑOZ.- ¿Crees que riesgo tengo yo
cual Pizarro lo tenía?

TRISTÁN.- ¿Quién dice?... ¡Jesús María!
Ni lo penséis... eso no.

MUÑOZ.- Aunque yo tengo valor...

TRISTÁN.- Ciertamente.

MUÑOZ.- Andarse quedo...

TRISTÁN.- (Aparte.)
(Por no tener tanto miedo
no fuera visitador.)
Y ¿vais solo?

MUÑOZ.- No, Tristán.

TRISTÁN.- La guardia...

MUÑOZ.-No voy con ella.

TRISTÁN.-Es arrojó.

MUÑOZ.-Lo atropella
todo mi amor.

TRISTÁN.-¡Por San Juan!
¿Que esa mujer no se rinda
a vuestro inmenso poder?
Ya se ve... si al fin mujer,
y retrechera, y muy linda.
¿Mas cómo queréis, señor,
que os ame una joven bella,
sin hablar antes con ella,
sin decirla vuestro amor?
Celestina, aunque mujer,
dicen que adora a su esposo:
matarle era, pues, forzoso
para llegarla a vencer.
Dadme la orden que os pedí
para que muera Sotelo,
y yo os juro, por el cielo,
que al punto os la traigo aquí.
Nada perdéis, vive Dios,
en matar a ese malvado;
que es un hombre acostumbrado
a maldeciros...

(Viendo a Muñoz indeciso.)

a vos

Esta mañana se hallaban
en un oculto paraje
hombres de altivo linaje
que un grande corro formaban.
Yo iba entonces disfrazado
con un infeliz vestido,
y, sin ser de ellos sentido,
sus palabras he escuchado.
Don Baltasar de Sotelo...

MUÑOZ.-¡El esposo de mi bien!

TRISTÁN.-Allí se hallaba también
poniendo el grito en el cielo.

Largo tiempo en maldeciros
se ocupó su infame lengua
exclamaba que era mengua
desta colonia sufriros.
Dijo, en medio de su saña,
que atravesaría el mar,
e iría él propio a acusar
al visitador a España.
E hincado ante el soberano,
le suplicaría ardiente
que los librara clemente
de tan pérfido tirano.
Y si lo que iba a pedir,
el rey no le concedía,
al África marcharía
entre fieras a vivir.
Pues diferencia, por cierto,
no encontraba entre Muñoz
y una pantera feroz
habitante del desierto.

MUÑOZ.-¿Hablaba ese infame así
del que les hace temblar?
Con todos he de acabar,
a ver qué dicen de mí.
Antes que lleve a su alteza
su demanda ese Sotelo,
separaré, vive el cielo,
de su cuello la cabeza.
Yo le haré ver a esa grey,
aunque se exalte su saña,
que si el rey manda en España,
en México soy yo rey.
Y si vengar se me pone
de mis injurias el cúmulo,
en vez de cárcel un túmulo
será do los aprisione.
Pero la noche se avanza
y el tiempo pasa volando...
El reino verá temblando
lo que mi poder alcanza.
Sígueme, Tristán.

TRISTÁN.-Señor...

MUÑOZ.-Hoy sólo tú me acompañas

entre todas tus hazañas,
ésta será la mayor.
Lleva tu puñal desnudo
debajo del ferreruelo.
Ve con cuidado: tu celo
será tan sólo mi escudo.
De mí no te apartarás,
y sin preguntar su nombre,
si se acercare algún hombre,
muerto allí le dejarás.

TRISTÁN-Carro parezco de guerra:
dos pistolas, un puñal,
una espada sin igual:
si ando yo, tiembla la tierra.
Confiad en mí, señor.

(Aparte.)

(¿En qué parará este enredo?
Por no tener tanto miedo
no fuera visitador.)

(Vanse por la puertecilla excusada.)

PASO SEGUNDO

(Una alcoba de la casa de Sotelo, sencillamente adornada. Una puerta en el fondo, otra a la izquierda, un balcón al costado opuesto; en el foro, a la izquierda, una cama con su pabellón de damasco; enfrente, y cerca del público, un taburete, una mesa pequeña con algunos libros, y una que otra silla.)

ESCENA IV

BERTA.-(Canta sentada en el taburete.)

*Es opaca linterna
de expirante fulgor;
es profunda caverna;
es noche sempiterna
la vida sin amor.*

*Es prado sin cultura;
es marchitada flor;*

*mujer sin hermosura;
es potro de tortura
la vida sin amor.*

*Es una ruta incierta
de un bosque en lo interior;
es una virgen muerta
descolorida, yerta,
la vida sin amor.*

*Es un cielo sombrío;
abismo de terror;
es un sepulcro frío;
es hórrido vacío
la vida sin amor.*

*Es deshojada planta
en desierto de horror;
es una mar en calma;
es un cuerpo sin alma
la vida sin amor.*

*Es prolongado invierno;
es fruta sin sabor;
es un martirio eterno;
es insufrible infierno
la vida sin amor.*

(Representa.)

¡Oh, qué desesperación
es aguardar a un amante!
Cómo late el corazón,
cómo la dura aflicción
pone lánguido el semblante!
Si yo lo hubiera sabido,
a Núñez le digo: No,
y no hubiera consentido;
él se hubiera entonces ido,
y quedo tranquila yo.
¡Pero qué! No era posible
lo quiso el destino impío...
Cuando con voz apacible
me decía: "Sé sensible,
siempre te amaré, bien mío",
¿podiera yo resistir?

No, señor; y era forzoso
adorarle hasta morir.
¿Pero es preciso sufrir
para amar a un hombre hermoso?
Mi mente se ocupa en él
de la noche a la mañana.
Nunca, nunca seré infiel...
¡Es tan apuesto doncel!
Yo le amo como una hermana.
Dicen que sirve a Muñoz:
es su paje, o no sé qué...
¿Y que de hombre tan feroz
constante en la casa esté?...
Ésa sí es maldad atroz.
¿Por qué no se vendrá aquí?
Tuviera mejor empleo,
cerca estuviera de mí,
que es todo lo que deseo,
y no degradado allí.
Celestina de Albornoz
tanto como yo le amara,
no más con oír su voz;
y no le viera la cara
a ese bárbaro Muñoz.
Don Baltasar de Sotelo
también mucho le querría;
y tal mi gozo sería,
que a los ángeles del cielo
envidía les causaría.

(Se levanta y se asoma al balcón.)

Mucho tarda. No le veo.
¡Oh qué noche tan oscura!
¡Qué solo está esto! ¡qué feo!...
venir sería locura
sólo porque lo deseo.
Que no venga: se expondría
en este paraje horrendo.
¿Quién, ¡ay!, le socorrería
si acaso un puñal tremendo?...
Dios le libre, Virgen mía...

(Silencio.)

Yo me fastidio... ¿Qué haré?

¿Cómo mi mal calmará?
¿Bailando? Sí, bailaré...

(Bailando.)

Ta, taralá, taralá...
¡Ay! se me ha torcido un pie.
No, señor, tendré juicio
me pondré a leer. ¿A quién?
A Amadís de Gaula.
Bien; éste me saca de quicio...
¡Que viva Amadís ! Amén.

(Buscando entre algunos libros.)

Mas no lo hallo por aquí...

(Tomando un libro de a cuarto, en pergamino.)

¡Qué veo! ¡Orlando Furioso! ...
Éste sí es libro famoso;
cuantas veces lo leí
me pareció delicioso.

(Se vuelve a sentar.)

Aquí Angélica, y Medoro,
su apuesto y gallardo amante;
aquí Ferraguto el moro,
Reinaldos y Bradamante,
y lanzas y yelmos de oro.
¿Por qué en México no habrá
cosas tan interesantes?...
Yo quisiera estar allá...
¡Pero qué... dicen que ya
no hay caballeros andantes.
Lo siento. Me gustaría,
montada en un palafrén,
andar de noche y de día
con un magnífico tren...
¡Ah!... y una maga por guía.
Leamos . . .

(Hojea el libro; se fija en una página, y dice:)

Aquí el gigante

Orillo, con gran destreza
batalla con Aquilante;
le corta éste la cabeza,
y él se la pone al instante.

(Leyendo.)

"La cabeza le rompe, y él desciende,
tentando siempre hasta que la halla;
por los cabellos o nariz la prende,
y no sé con qué clavo veis soldalla.
El un brazo Grifón por aire tiende,
échalo al río, y no ha fin la batalla,
que Orillo nada, así como un pescado,
y sale de sus miembros reforzado."

(Levantándose.)

Esta octava es parecida
a un viejo que conocí;
tenía un poco torcida
una pierna, y encogida,
de suerte que andaba así.

(Escuchando.)

Parece que escucho ruido...
¡Él es! Voy a recibir
a mi Núñez...

(Al correr para el balcón se detiene espantada, viendo entrar por él a un hombre desconocido.)

¡Qué atrevido!
¡Gran Dios!

ESCENA V

(Berta, Muñoz.)

MUÑOZ.- (Poniéndole un puñal al pecho.)
Callar, o morir.

BERTA.- ¡Socorro!

MUÑOZ.- Callad, arpía.
¿Está Celestina aquí?

BERTA.-Sí, señor.
(Llorando.)
¡Virgen María!

MUÑOZ.-¿Sotelo?

BERTA-No.

MUÑOZ.-Desde allí
(Señalando la cama.)
voy a ser constante espía.
Si una palabra profieres,
juro por el alto cielo
que con esta daga mueres,
y Celestina y Sotelo
también; tú sabrás si quieres.
Si te vas a otro aposento,
mi vista te seguirá.
¡Tiembra!, soy atroz, sangriento.
De tu labio un solo acento
muerte a vosotros dará.
(Escóndese tras de las cortinas de la cama.)

ESCENA VI

(Berta, Celestina.)

CELESTINA.-(Saliendo por la puerta de la izquierda.)
¿Qué tienes?... ¿qué ha sucedido?...
¿cómo al balcón no te veo?...
Estás llorando... ¿Qué ha sido?...
Habla... En tu semblante leo
que un accidente has tenido.
Toda tiembas. Ven, mi Berta,
descansa sobre mi seno...
(La abraza, Berta oculta el rostro en el seno de Celestina.)
Pálida estás... como muerta...
¡Infeliz! ... Helada... Yerta...
¡Oh, cuánto al mirarte peno!

BERTA.-No temas... no, por mi vida...
(Con voz balbuciente.)
Un fantasma....

CELESTINA.-Visiones.

BERTA.-Es verdad, madre querida.

CELESTINA.-Pero siempre en los balcones...
No sé allí qué te convida.

BERTA.-El aire...

CELESTINA.-¿Tanto calor
tienes?... Ya ves; a mi lado
siempre estuvieras mejor;
no te hubieras asustado,
no cambiaras de color.

BERTA.-Perdóname, madre mía.

CELESTINA.-Yo te perdono, mi bien;
¿mas quién me consolaría
en mis pesares, di, quién,
si acaso la muerte impía?...
Berta, tu existencia cuida,
no por ti, sino por mí.
Sabes cuánto amo tu vida,
¡cuánto, cuánto eres querida
de tu Celestina!

BERTA.-¡Ah! sí.

CELESTINA.-Eras niña todavía
cuando tu querido padre
descendió a la tumba fría;
desde entonces fui tu madre,
y aún doce años no tenía.
Pasé yo mi juventud
siempre a tu lado, mi Berta,
mostrándote de virtud
la senda áspera y desierta
que da a las almas salud.
Mucho te quise, ¿es verdad?
y procuré libertarte
del hombre, y de su maldad...

BERTA.-Sólo pagué con amarte.

CELESTINA.-¿Y me amas aún?

BERTA.-Tocad.
(Llevándola su mano al corazón.)

CELESTINA.-(Abrazándola.)
Berta mía, en tu alma pura
sé que tengo mi dosel.
Tú, con llanto de amargura,
irás a mi sepultura
y la regarás con él.
A visitarla contigo
irá mi querido esposo;
mi esposo, mi dulce amigo.
El velará cuidadoso
sobre ti, será tu abrigo. ¿Lloras?

BERTA.-¡Dios mío, Señor!
¿Tú morir, madre querida?
¿tú morir? ¡cielos! ¡qué horror!

CELESTINA.-(Aparte.)
(¡Imprudente! de su herida
yo misma aumenté el dolor.)
Sosiega. Si pude hablar
de cosas tristes, no creas
que se puedan realizar
tan espantosas ideas;
cesa, cesa de llorar.
Tus fuerzas repararás
yendo al instante a la cama
tranquilo sueño tendrás,
(Llevándola abrazada a la cama.)
ven, una madre que te ama...

BERTA.-(Apartándose con horror.)
¿En este lecho?... ¡Jamás!

CELESTINA.-(Conduciéndola hacia la puerta del foro.)
En el mío te pondré
allí estaremos las dos
de tu salud cuidaré,
y más contenta estaré
junto de ti. Ven...
(Al entrar vuelve Berta el rostro, y ve a Muñoz que le hace señas de silencio y le muestra su puñal.)

BERTA.-¡Gran Dios!

MUÑOZ.-Celestina de Albornoz
es hermosa como un cielo,
es dulcísima su voz...
Digna amante de Muñoz...
Fuerza es que muera Sotelo.
Mi poder es soberano;
en México soy yo rey;
querer resistirme, es vano.
Tengo en mi mano la ley...
Tengo la muerte en mi mano.
Si una palabra profiero,
tiembla toda una nación
desde el infeliz pechero,
hasta el noble altivo y fiero,
vienen a pedir perdón.
Pende no más de mi aliento
la vida de miles de hombres.
¡Tiemblen!... Que en sólo un momento,
esparciendo un soplo al viento,
desaparecerán sus nombres.
Me quieren amedrentar
con don Felipe Segundo.
¡Necios! ¿Pueden olvidar
que entre él y Muñoz un mar
se interpone ancho y profundo?...
Mas veamos si es verdad
que está Tristán vigilando.
(Se asoma al balcón: toca un silbato; y Tristán entra algunos momentos después.)

ESCENA VIII

(Muñoz, Tristán.)

TRISTÁN.-¿Hay alguna novedad?

MUÑOZ.-Estoy ansioso esperando
que venga aquí mi beldad.

TRISTÁN.-¿Y está ahí el marido?

MUÑOZ.-No.

TRISTÁN.-¿Y Celestina?

MUÑOZ.-(Mostrando la puerta del fondo.)
Está allí.

TRISTÁN.-Pues bien...

MUÑOZ.-No ha mucho que entró.

TRISTÁN. ¿Y volverá?

MUÑOZ.-No sé yo.

TRISTÁN.-Llamémosla.

MUÑOZ.-¿Cómo?

TRISTÁN.-Sí;
es preciso: el tiempo vuela,
y el marido fantasmón vendrá.
Si mucho la cela...

MUÑOZ.-Siento pasos...

TRISTÁN.-¡Por mi abuela!
(Buscando dónde esconderse.)

MUÑOZ.-Escóndete en el balcón.

ESCENA IX

(Muñoz, Celestina.)

CELESTINA.-¿Rumor escuché?... ¿Acaso ilusión?...

MUÑOZ.-Realidad.

CELESTINA.-¡Oh cielos!... ¿Quién sois?

MUÑOZ.-¡Celestina!

CELESTINA.-¿Quién sois?. .. ¿Quién osado aquí os encamina?
Hablad...

MUÑOZ.-Me conduce tremenda pasión.
Dolores, tormentos mi fiel corazón
por vos abrigara, frenético, ciego:

ocultarlos supe; mas furioso luego,
el volcán hirviente hizo la explosión.

CELESTINA.-¿Y a quién se dirige?... ¡Socorro!
(Queriendo irse.)

MUÑOZ-(Deteniéndola de una mano.)
Esperad; esperad, os digo, si no, por el cielo
os juro que hoy mismo perece Sotelo...

CELESTINA.-(Con entereza.)
¡Dios mío!... Mentís...

MUÑOZ.-He dicho verdad.

CELESTINA.-¿Qué habláis? ¡Dios Eterno! ¡Qué fiera maldad!

MUÑOZ.-En sangre bañado veréisle al momento
tendido por tierra, sin voz, sin aliento
cubierto su rostro de horrible fealdad.

CELESTINA.-¡Mi esposo adorado!... Jamás, hombre atroz,
podréis a un valiente, cual es Baltasar,
en un desafío la vida quitar,
¡Temblad!, que la espada maneja veloz.

MUÑOZ. ¿La espada?... ¿la espada?... Me vasta la voz
para que a tus ojos humillado expire,
y yo ante mis plantas postrada te mire...

CELESTINA.-¿Quién sois para tanto?...

MUÑOZ.-(Sonriéndose.) ¿Quién soy?

CELESTINA.-Sí.

MUÑOZ.-Muñoz.

CELESTINA.-(Cayendo en una silla, y ocultándose el rostro con las manos.)
¡Qué escucho!

MUÑOZ.-¿Os espanta mi nombre, señora?
¿Sabéis que mi pecho no abriga piedad?
¿Sabéis tan terrible, tan cierta verdad?
Si no, vuestros ojos lo verán ahora.
Cuando de una joven, cual vos, se enamora

un hombre que tiene poder soberano,
querer resistirle, señora, es en vano,
y más si en su pecho blandura no mora.
En mi mano puso Felipe la ley:
yo haré della el uso que más me convenga:
que México espadas, puñales prevenga,
no importa; desprecio tan mísera grey.
El Marqués de Falces no soy: ¡qué virrey!,
con tiernas caricias al pueblo halagaba,
con miel en los labios riendo le hablaba;
así irritó presto la ira del rey.
Ya veis, Celestina, ya veis; en mi mano
está la cabeza del fiero Sotelo;
o me amáis, o al punto tirada en el suelo
la veréis, tronchada por hierro inhumano.
Bien sé que es un hecho de crudo tirano;
yo lo soy: no quiero deciros que no;
lo que vos pensáis, también pienso yo;
si yo así lo creo, negarlo era en vano.
Tenéis una niña, que amáis con ternura
inocente, bella, divina cual vos
pues bien, a esa niña, lo juro por Dios,
fatídico hierro pondrá en sepultura.

CELESTINA.-¡Mujer desgraciada! ¡Fatal hermosura!

MUÑOZ.-¿Sabéis lo que puede la ardiente pasión?

CELESTINA.-(Levantándose.)
Perdón!... ¡Ah! Mi Berta... Mi esposo... ¡Perdón!

MUÑOZ.-De tu voz depende su suerte futura.

CELESTINA.-¡Perverso!

MUÑOZ.-No extrañes en mí tal dureza,
que yo acostumbrado ya estoy a mandar,
y no me es posible mi estilo ablandar,
ni a mi voz quitarle su mucha aspereza.
Rendido me tiene tu ideal belleza
serás mi señora, yo esclavo seré,
hincado en el suelo tus pies besaré;
mas aplaca, oh joven, tu fiera crudeza.
A España después iremos. Gozosa,
absorta, admirada veráte Madrid;
no habrá una beldad que acepte la lid,

y quiera la palma quitarte de hermosa.
Y aun el rey diráme con risa graciosa,
alzando su mano que al hombro me lleva
"Lo mejor que traes de España la Nueva
es esa lozana bellísima rosa."

CELESTINA.-¿Y pensáis, infame, que amaros pudiera?...
Jamás en mi pecho cabida tendréis;
antes con la noche reunida veréis
del astro del día la luz placentera.

MUÑOZ.-Si tu alma a la mía al fin conociera,
de mis sentimientos no hablaras así;
aún no me conoces, ¿qué quieres de mí?...

CELESTINA.-Que vos me dejaseis, tan sólo quisiera.

MUÑOZ.-Celestina, si ora con tanto rigor
me muestras tan fiera, tan dura esquivez,
mis muchas bondades y el tiempo, tal vez,
harán que tu odio se trueque en amor,
de honores cubierta, de rico esplendor,
en esta ciudad, cual reina imperando,
¡oh cuántas mujeres veránte, envidiando!...

CELESTINA.-¡Callad, miserable!...

MUÑOZ.-Temed mi furor.

CELESTINA.-Pues bien, no lo temo: la tumba fatal
oculte los restos de Berta y Sotelo...
¡Temblad!, ya prepara sus rayos el cielo,
que hieren y matan, sin dar la señal.

MUÑOZ. ¿Pues qué, soy acaso, cual Dios inmortal?...
Soy hombre, y al cabo preciso es morir...
En tanto no puedes a mí resistir:
no tienes amparo.

CELESTINA.-Me queda un puñal.

MUÑOZ.-¿Prefieres, ingrata, la muerte temible
a ser opulenta, dichosa, potente,
a tener del labio la suerte pendiente
de un pueblo rendido?...

CELESTINA.-De un pueblo invencible,
de un pueblo que presto lanzando terrible
el grito de guerra, veréisle delante,
blandiéndooos al pecho la espada tajante,
sacándoos el alma perversa y horrible.

MUÑOZ.-Celestina, ¿piensas que está Nueva España
en poder de oidores imbéciles, necios,
que, haciéndose dignos de viles desprecios,
del Marqués del Valle temían la saña?
Infamia tan ruin, deshonra tamaña,
de Muñoz el pecho jamás manchará:
México de sangre regadas verá
las calles, las plazas, la extensa campaña.
Ya gimen temblando de asombro y terror
en los calabozos oscuros, tremendos,
sediciosos viles, que en gritos horrendos
maldicen su suerte, su mísero error,
muy pronto, muy pronto verán con horror
de impío verdugo la ruda cuchilla,
y ante él humillando la débil rodilla,
quedará vengado mi justo furor.
No hagas que fiero decrete tu ruina,
no canses, no canses mi mucha bondad:
yo te amo, te adoro, ingrata beldad;
tu suerte depende no más...

SOTELO.-(Dentro.) ¡Celestina!

CELESTINA.-¡Qué escucho! ¡Mi esposo! ¡Clemencia divina!
¡Oh dicha! ¡Oh fortuna! ¡Oh dulce consuelo!...
¡Temblad!, hombre infame, mi amado Sotelo
a daros la muerte veloz se encamina.

MUÑOZ.-(Sacando la espada.)
Su vida primero. ¿Tristán?...

CELESTINA.-(Viéndole.) ¡Ah!

TRISTÁN.-Mandad.

CELESTINA.-¡Un hombre! ¡Dios mío!...

MUÑOZ.-Conoce quién soy.
Tristán, al instante de aquí yo me voy
saca una pistola, y atiende.

(Tristán obedece: Celestina trata de irse; Muñoz la detiene.)
Esperad.

CELESTINA.-¡Dejadme! ... ¡Sotelo ! ¡Dejadme!...

MUÑOZ.-Callad.

(A Tristán.)

Te ocultas al punto tras esa cortina;
si mienta mi nombre aquí Celestina,
a Sotelo matas...

CELESTINA.-¡Horrenda maldad!

(Tristán se esconde; Muñoz suelta a Celestina, y corre precipitado al balcón;
Sotelo sale a la escena por la izquierda y le ve de espaldas al descolgarse por él.)

ESCENA X

(Celestina, Tristán, Sotelo.)

CELESTINA.-¡Corriendo a abrazar a Sotelo.) ¡Esposo mío!... ¡Oh Dios!...

SOTELO-(Yendo al balcón.) ¡Qué es lo que miro!

No así, cobarde, las espaldas vuelvas;
tú tienes una espada, yo tengo otra
ven, y probemos nuestras mutuas fuerzas.
Se fue. ¿Quién es ese hombre, Celestina?
al venir hasta aquí, ¿qué es lo que intenta?
Háblame: ¿lloras?, ¿el semblante ocultas?
¿debilitada estás?, ¿tus miembros tiemblan?...
¿Qué debo yo temer?... Habla, y del pecho
arráncame esta duda atroz, horrenda...

CELESTINA.-¡ Esposo mío!...

SOTELO.-Al punto, por tu vida,
por el amor que siempre me tuvieras,
por tu querida madre, que en sosiego
yace feliz debajo de la tierra;
dime, dime, ¿por qué tan atrevido
ha osado ese hombre traspasar las puertas
de esta casa? ¿quién es?... ¿cuál es su nombre?
¿por qué precipitado así se ahuyenta?...
¿por qué ese tu penar... por qué en tu rostro
terror y agitación se manifiestan?...
(Silencio.)
¿Callas?

CELESTINA.-¡Eterno Dios! ¿Por qué delito
mi corazón destrozas? ¡Ah!...

SOTELO.-Tus penas,
tus angustias en mi alma deposita,
ese llanto que viertes me atormenta
rompe el silencio: en mi sensible pecho
consuelo encontrarás: di, ¿qué te aqueja?
¿Ya para ti no soy tu dulce amigo?
¿Ya no eres tú mi amiga verdadera?
¿Volaron, por desgracia, aquellos días
en que era toda mía tu existencia;
en que tu amigo un pensamiento
solo que pasara veloz por tu cabeza
nunca ignoraba, y éramos modelo
de constancia, virtud y amistad tierna?
¿Se ha trocado tal vez aquella vida,
vida de amor y de placeres llena,
con el sol de la dicha iluminada,
en tenebrosa retorcida senda?...
Apenas dejo tus amantes brazos,
apenas las caricias y las muestras
de la pasión más firme, cuando vuelvo
y ya no eres la misma: ¿quién creyera
que en tan cortos momentos se madura
una mujer, modelo de terneza?...

CELESTINA.-¡Ah, ten piedad de mí! ¿Piensas acaso
que extraño, impuro amor mi alma alimenta?
Si tu agitada mente se calmase,
tan crueles palabras no dijeras.
Mi corazón conoces; ¿y te atreves
a suponerle cosas tan horrendas?
Hazme justicia: de alma tan corrupta
por favor de los cielos no naciera.
Primero que olvidarte, esposo mío,
un rayo ardiente mi cabeza hienda,
y entre mortales bárbaras angustias,
y entre tormentos hórridos perezca.

SOTELO.-Pues bien, querida esposa, dime el nombre
del que salió de aquí.

CELESTINA.-¡Oh, si pudiera!

SOTELO.-¿Por qué?, ¿por qué no puedes, Celestina?
¿Quién te impide alejar la copa acerba
de los labios del hombre que te adora?

CELESTINA.-¿Quién?... Mi deber.

SOTELO.-¿Y tu deber te ordena
que desgarrando más y más mi herida
aumentes el dolor que me atormenta?
Habla, por compasión.

CELESTINA.-No puedo.

SOTELO.-*(De rodillas.)* Hincado,
el esposo que te ama te lo ruega.
(Tomando de la mano a Celestina.)
Toca mi corazón, tócalo y mira
cómo violento y alarmado tiembla.
¿Quién te puede impedir, joven hermosa,
que de un hombre infeliz te compadezcas?

CELESTINA.-Resistir no me es dado... ¡Dios Eterno!
Yo todo lo diré,
(Tristán asoma medio cuerpo y dirige la pistola a Sotelo.)
bien que me cuesta
horrible agitación. ¡Baltasar mío!

SOTELO.-¡Habla: su nombre, por piedad!

CELESTINA.-¿Lo ordenas?

SOTELO.-Te lo ruego, por Dios.

CELESTINA.-Se llama...
(Viendo a Tristán.)
¡Cielos!
¡no lo diré jamás! *(Escóndese Tristán.)*

SOTELO.-*(Levantándose.)* ¿No?

CELESTINA.-No.

SOTELO.-¡Perversa!
No me lo digas, ¡no!... De mi desdicha
veo una clara y evidente prueba...
Si antes la duda me inquietaba,

ahora la realidad mi corazón aprieta.
¡Mujer infame, vil y detestable,
bajo el velo de cándida inocencia,
bajo de un exterior puro y risueño
escondías el alma de una hiena!...
¿Quién hubiera pensado que una joven,
que de ángel parecía su belleza,
bajo un seno de nieve ocultaría
corazón tan malvado, alma tan negra?
¿Y que tantos y tantos beneficios
que de instante en instante yo le hiciera,
olvidara tan presto, en sólo un día,
a par de sus caricias y promesas?...
¿Mas qué debo esperar, si tú me engañas,
tú, que amante endulzabas mi existencia?...
mis amigos... mi hermano... el cielo mismo...
¿Que profiero?... ¡Infeliz!

CELESTINA.-¡Calla!

SOTELO—¡Blasfemias,
blasfemias son, que a mi pesar la mente
se atreve a confiarlas a la lengua!...
Celestina, decidme presto el nombre
del que ahora salió.

CELESTINA.-No puedo.

SOTELO.-¿Piensas
que así me has de engañar? Si con blandura
de amor y de amistad te he dado pruebas,
fue porque tu alma, estúpido, creía
que era tan pura, cual tu faz es bella.
Pero ya que así rompes nuestros lazos,
también los romperé. sí; te detesta
mi atormentado corazón... ¿No miras
que en mis ojos los celos centellean?

CELESTINA.-¡Dios poderoso! ¡Celos!

SOTELO.-Así llaman
a esta ponzoña que mi pecho quema,
a esta rabia interior... frío de muerte...
a esta hoguera voraz, que en mi cabeza
se alza ardorosa, y por mis venas cunde,
y mis entrañas sin cesar incendia;

a esta insaciable sed de sangre humana...
¡Oh!, la de ese hombre con placer bebiera...
y también... y también... la tuya...

CELESTINA.-¡Cielos!

SOTELO.-(Empuñando involuntariamente la espada.)
Prepárate a morir, mujer perversa.

CELESTINA.-¡A morir!

SOTELO.-A morir... ¿En mi semblante
no ves el ceño de la muerte horrenda?
¿No ves mi mano que la espada vibra,
y por rasgar tu pecho se impacienta?
Oh, si en lugar de derramar tu sangre
mi angustia y mi dolor darte pudiera!
(Después de un momento de suspensión.)
Dime, dime quién es y te perdono...
Volaré presuroso a su presencia,
le haré empuñar su espada miserable,
también la mía empuñará mi diestra,
se chocarán veloces los aceros,
emprenderá cada uno su defensa:
yo ardiendo en ira, de furor temblando
haré besar a mi rival la tierra,
y encarnizado, con mi mano misma,
de su caliente sangre ya cubierta,
el corazón le arrancaré del pecho,
¡el corazón!, do se verá mi huella.
¡Habla !

CELESTINA.-No puedo, Baltasar; ya dije.
Si quieres de tu amor darme una prueba,
si las palabras dulces, amorosas,
que antes me dirigías fueron ciertas
no me preguntes más... ¡por Dios!

SOTELO.-Escoge
entre la muerte y tu deber. ¿Ya tiembles?

CELESTINA.-(Hincándose.)
¡Perdón! Mi Baltasar, postrada pido
que un crimen tan horrendo no cometes...
si me arrancas la vida despechado
porque te engañan falsas apariencias,

porque en tu corazón diste cabida
a una infamante y bárbara sospecha,
te seguirá sañudo y espantable
mi sangriento cadáver por doquiera;
y al fin entre tormentos y martirios
acabará por grados tu existencia.

SOTELO.- (Levantando la espada.)
El nombre de ese vil, o bien ¡la muerte!...

CELESTINA.- No lo puedo decir...

SOTELO.- (En ademán de matarla.) ¡Mujer perversa!

CELESTINA.- (Abrazando las rodillas de Sotelo.) ¡Perdón!

SOTELO.- ¿Su nombre?

CELESTINA.- ¡Por piedad!

SOTELO.- ¿Su nombre?

CELESTINA.- (Presentando el pecho.) Rompe mi corazón...

SOTELO.- ¡Maldita seas!

(Sotelo va a herir a Celestina y se detiene como quien la ama todavía y no se resuelve a tan duro sacrificio; después arroja la espada, empuja con fiereza a su esposa, al maldecirla, y se va precipitadamente. Celestina queda tendida en el suelo; Tristán sale rápidamente por el balcón. Este final ha de ser instantáneo.)

JORNADA SEGUNDA

PASO PRIMERO

(La plaza del Volador, sin el mercado que ahora tiene. En el fondo se ve la acequia, por donde bogarán algunas canoas con luces; adelante una esquina del palacio antiguo, descubriéndose por los balcones la iluminación interior. De cuando en cuando, entre el palacio y la acequia, se verán pasar apresuradamente, y en encontradas direcciones, algunas personas con farol en mano. Por el foro, a la izquierda de los actores, se oye de tiempo en tiempo el "¿Quién vive?" del centinela. Noche tempestuosa.)

ESCENA I

(Don Pedro de Quesada, don Baltasar de Quesada, don Fernando de Bocanegra, y tres conjurados. Al levantar el telón aparecen en una canoa, sin luz, estas seis personas, de las que cinco saltan en tierra.)

PEDRO.-Dichoso el que satisfaga
antes que otro su rencor,
hiriendo al visitador
con la punzadora daga.
Muy cerca está el miserable.
Valor y constancia, amigos;
temer a los enemigos
es infamia despreciable.
Allí se mira una puerta
que es la que al costado da
del palacio: al Sur está
y hay un centinela alerta.

BOCANEGRA.-No siempre, que a toda luz
suele dormir; y a lo lejos,
tendido entre arneses viejos,
se ve el mohoso arcabuz.

BALTASAR.-Mas no es fácil penetrar
hasta el centro del palacio,
que Muñoz no anda despacio,
y se sabe asegurar.

PEDRO: Cerca de su alcoba tiene
hombres que su vida guardan,
y sólo una seña aguardan
para hacer lo que a él conviene.
Con ciento no más que fuéramos
nada habría que temer,
ni tendríamos que hacer
más que entrar, aunque muriéramos.
Pero, señores, ya veis
querer penetrar es vano
a la estancia del tirano,
pues no somos más que seis.

BOCANEGRA. Fuerza es que aquí le esperemos,
y si llegare a salir,
bañado en sangre morir

lentos de rabia le haremos.

PEDRO.-No vamos a asesinar
a un hombre, no, que es perfidia
con fuerza digna de envidia
al tigre hemos de matar.
Uno solo le saldrá
al frente; y si éste muriere,
el que más cerca estuviere
su puesto reemplazará.
No quiero que diga el mundo
que asesinos hemos sido,
sino hombres que hemos vencido
a un opresor furibundo.

BOCANEGRA.-¡Ojalá fuera mi suerte
tan felice, que mi mano
diera ejemplo al mexicano
de ser libre, y de ser fuerte!

PEDRO.-Como a esta nación del yugo
del visitador librara,
aunque después me cortara
la cabeza el vil verdugo.
¿Qué nos importa vivir,
si entre pesadas cadenas,
maldiciendo nuestras penas
nos miramos consumir?
Maldito aquel hombre sea
que libre un brazo teniendo
a un déspota esté sufriendo
y en calma su infamia vea.
Mientras tenga pundonor,
dispuesto estará Quesada
a dar muerte con la espada
al que nos quita el honor.
No quiero a mis hijos ver
las rodillas humillando
a un pérfido, que abusando
siempre está de su poder.
Calabozos inclementes
por dondequiera se miran
y por dondequiera expiran
cientos, miles de inocentes.
¿No veis gemir al valiente
y su cabeza caer?

¿No miráis ríos correr
de sangre, sangre caliente?...

BALTASAR.-Dispuestos todos estamos
a dar la muerte al tirano
impaciente está la mano,
sólo el momento esperamos.
Dicen que anoche embozado
salió el infame Muñoz
y que de Tristán feroz
no más iba acompañado.
Si tan benigna la suerte
nos le presenta, volando
iremos todos, ansiando
por darle espantosa muerte.
Y con impaciente afán
el corazón romperemos
de ese pérfido que vemos
a su lado, ese Tristán.

PEDRO.-Si vamos a perecer,
grabaremos nuestros nombres
en la historia de los hombres
que libres supieron ser.
Mi alma de gozo sublime
se inundara, si al abismo
precipitara yo mismo
al hombre que nos oprime.
Ojalá y él admitiera
cuerpo a cuerpo un desafío,
y su acero con el mío
en igual campo midiera.
Canas tengo en la cabeza;
mas cumpliera mi deber,
que la espada he de poder
aún manejar con firmeza.
Entonces decir podría
"En Nueva España el primero
fui, que blandiera el acero
contra la opresión impía."
De la gloria allá en el templo,
gozoso alzando las manos,
gritara a los mexicanos:
"Seguidme, yo os di el ejemplo."

BALTASAR.-¿Quién de placer no palpita

el oírte, hermano mío?...
¿A quién tu nobleza. y brío
a la venganza no incita?...

BOCANEGRA.-Con violencia el pecho late
ansiendo por el momento
en que llenos de contento
nos lancemos al combate:
Los Bocanegras odiamos
de muerte al visitador,
y el sublime pundonor
por la vida no trocamos.

PEDRO.-Pues bien, vamos a buscar
la gloria con el acero.
Venturoso del primero
que el golpe le pueda dar.
Pero vuelvo a repetir:
aunque es Muñoz, un tirano,
nadie levante la mano
para en la espalda le herir.
Que es de cobardes acción,
y siempre infama su nombre,
aquel que mata algún hombre
con vil y baja traición.
Y si no, al mayor guerrero
que el mundo miró asombrado,
y cuyo nombre ha sonado
en uno y otro hemisferio,
al Cid, a ese gran león,
un rebozado puñal
pudiera haber hecho igual
a los Condes de Carrión.

BALTASAR.-Es cierto: y bien penetrados
de tus razones, jamás
con negra traición verás
nuestros pechos infamados.

PEDRO.-Pues vamos, y que se quede
en la canoa el que está,
y que reme para allá
tal vez ofrecerse puede.
La noche nos favorece:
está pavorosa, obscura;
el huracán con bravura

de instante en instante crece.

Mataremos sin piedad

al cruel visitador;

será el trueno el confesor,

sus salmos la tempestad.

(Vanse, y la canoa también, por la izquierda de los actores.)

ESCENA II

SOTELO.-(Por la derecha.)

¡Oh noche!, ¡oh noche... que mi dura suerte
me recuerdas feroz!, ¡yo te maldigo!

¿Por qué tu manto fúnebre de muerte,
que sólo a la maldad sirve de abrigo
no me envuelve violento y furibundo,
y me aleja por siempre de este mundo?

Ayer, como ninguno, era dichoso,
y hoy... ¡oh fortuna impía y detestable!,
en el centro del bátraco espantoso
se consume mi pecho miserable...

A él arrojaron por mi mal los cielos
rabia, furor, destrozadores celos.

Mujer, mujer, cuyo nevado seno
ocultaba de hiena las entrañas;

mujer, que de mortífero veneno
mi triste corazón pérfida bañas,

¿por qué tu pecho no rompí sañoso?,
¿por qué tu sangre no bebí rabioso?

¿Pero, a dónde me arrastran las pasiones?

Fuerza es obedecer a mi destino...

Volaré a recorrer varias naciones,
y a mi alma inundará placer divino
otro clima buscando y otro cielo,
y corriendo a mi mal oscuro velo.

ESCENA III

(Sotelo, Tristán. Por la derecha.)

TRISTÁN.-(Aparte.)

(No es mala idea por cierto

ordenar a un triste pobre,

que ande exponiendo su vida

en tan negra, horrible noche,

para saber si Sotelo
anda por aquí o se esconde.)

SOTELO.-(Aparte.)

(¿Es ilusión que me engaña
o aquí se acerca algún hombre?...
¿Si será el que a este paraje
me escribe venga veloce?)
¿Quién va?

TRISTÁN.-Uno que sus pies
atrás y adelante pone.

SOTELO -Tenga más cortesanía,
y al punto diga su nombre;
si no, juro por el cielo
que hablaré con el estoque.

TRISTÁN.-(Aparte.)

(Por el salto de Alvarado;
que éste parla como noble.)

Me llamo...

(Aparte.)

(¿Qué le diré?)

Me llamo Martín Ordóñez.

SOTELO.-Señor don Martín...

TRISTÁN.-El don

me viene como de molde.

SOTELO.-Pues Martín, ¿aquí qué busca,
cuando ya los resplandores
del claro sol se perdieron
tras los elevados montes;
cuando el cielo más y más
se cubre de nubarrones;
cuando el relámpago brilla
en el obscuro horizonte,
y presto de agua y granizo
caerán torrentes enormes?...

TRISTÁN-(Aparte.) (Éste es Sotelo.)

Es el caso que me saca
de mi esconce
la necesidad forzosa

de ir a mis obligaciones;
os lo diré: por lo claro
tengo una cita esta noche.

SOTELO-(Aparte.) (¡Una cita!... ¿Si será...?)
Decidme cómo y adónde.

TRISTÁN.-Pues vuesa merced lo manda,
preciso será le informe
de mi vida y mis virtudes,
que pueden servir de norte
a los pasados, presentes
y futuros pecadores;
si bien jamás acostumbro
imponer de mis acciones
así al primero que llega,
no más porque él lo dispone.

SOTELO.-Tenéis razón. Si indiscreto
y audaz os hice cuestiones,
que hacerlas a un hombre,
sólo a un amigo permitióse,
fue porque hoy he recibido,
cerca de las oraciones,
un anónimo billete
que un desconocido envióme;
en el cual dice le espere
en este lugar, adonde sobre
importantes asuntos
me dirá varias razones:
creí que era desafío,
y por lo tanto veloce
me encaminé a esta plazuela,
ansiando encontrar á mi hombre.
Si sois vos, decidme al punto
cuáles son las intenciones
con que aquí me habéis citado,
y si es cosa del estoque.

TRISTÁN.-Muchas ganas de reñir
en vuestro hablar se conocen.
¿Habréis acaso tenido
hoy crueles aflicciones,
que el corazón y la mente
os martiricen feroces?

SOTELO.-Es cierto que acá en el alma ,
siento un peso atroz, enorme,
que eternamente me oprime
y el corazón me corroe;
pero esto, para el asunto
de que tratamos conformes,
de nada sirve, si no es
para aumentar mis dolores.
Decidme, ¿sois por ventura
el que a este lugar citóme?

TRISTÁN.-No, señor, porque mi cita
es puramente de amores
se ha empeñado mi beldad
en que yo su casa ronde;
y como otra Melisendra
me habla desde sus balcones.
(Sotelo está pensativo.)
Suele haber sus cuchilladas;
pero ésas son para otro orden
que el de un desafío. Viene
alguno a quien le incomode
verme andar de uno a otro lado,
o estar firme como un poste.
Se me acerca, y luego grita
con voz de rinoceronte:
"Amigo, ¿qué se le ofrece
en esta calle, y tan noche?"
Yo, sin responder palabra,
empuño mi espada noble,
y a él arremeto con fuerza,
dando formidables golpes.
Ambos aceros se cruzan,
saltan chispas a los choques,
ya doy una cuchillada
y ya me quito un mandoble.
Que resistirme no puede,
con gran aflicción conoce,
y alza la voz tembloroso
y lleno de miedo entonces,
por ver si entre los vecinos
viene alguien y le socorre.
Se alborota todo el barrio
con sus plañideras voces,
salen el padre y parientes
de mi idolatrada joven:

nos separan y examinan
de los pies hasta el cogote,
y luego entran a su casa
a hacer las indagaciones
de quién es el del gabán,
¿Queréis, pues, acompañarme?

(Aparte.)

(Pero este hombre no responde.)
Venid, veréis que mi mano
es robusta como un roble.

SOTELO,-(Pensativo.)

Está bien... No perdáis tiempo...
Id a donde os corresponde.

TRISTÁN.- (Aparte.)

(Si yo pudiera llevarle
hasta el palacio... ¡Oh!, entonces...)

Como yo, estáis impaciente
por desnudar el estoque
si queréis acompañarme,
no os faltarán baladrones
de quienes con vuestro brazo
podréis ser vos el azote. Venid.

SOTELO.- (Distraído. Aparte.) (¡Gran Dios!)

TRISTÁN.- Venid presto
a dar pruebas de ser noble.

SOTELO.- Dejadme en paz. Yo os suplico...

TRISTÁN.- (Tirándole de un brazo.) Venid.

SOTELO.- Por favor...

TRISTÁN.- Los hombres...

SOTELO.- (Desprendiéndose con fuerza.)

Los hombres se desesperan
si hay alguien que los enoje,
y saben dar cuchilladas
y los viles pechos rompen.

TRISTÁN.-¿Soy yo acaso?...

SOTELO.-Idos, os ruego...

TRISTÁN.-Me iré.

(Aparte.)

(Las paredes oyen.)

(Vase por la izquierda, y aparece poco después.)

ESCENA IV

SOTELO.-He quedado solo, sí.

Ya puedes venir, recuerdo,
a descargar sobre mí
las penas en que me pierdo,
pensando en lo que antes fui.

Amado de una mujer...

No mujer, ángel del cielo,
que derramaba el placer
en mi pecho, y fue el consuelo
que tuve en mi padecer.

Y se torna en un instante
en fiera, aleve, perjura,
que busca un segundo amante,
y la copa de amargura
vierte en mi pecho constante.

¿Mas si por ventura es fiel,
y yo, frenético y ciego,
lleno el corazón de hiel,
tal vez al pesar la entrego;
y quizás al furor con él?...

(Se va acercando por la izquierda. una canoa, en la que vendrán Núñez y Berta, vestida de paje, quien luego salta a tierra, y registra la escena, como buscando a alguno.)

¿Qué hará sola, abandonada
del hombre que más amó?...

Acaso desesperada
se arroje sobre una espada...

Y el asesino soy yo.

Volaré, sí, presuroso,
y perdón la pediré:
la suplicaré afanoso
que olvide que la injurié,

y que me vuelva el reposo.
(Yéndose.) ¡Celestina!...
(Se detiene.)
¿A dónde voy?,
pues si satisfecho estoy
de que ella no es inocente,
¿dónde me arrastra la mente?,
¿cómo intento verla hoy?
¿Tan necio de ser había
que a la que me hundió al abismo
de la desventura impía,
rendido y postrado iría
a pedir perdón yo mismo?
¡Imposible! No... ni el cielo
tal exigiera de mí.
Correr es preciso el velo
de cuando dichoso fui.
Yo la olvidaré.,

ESCENA V

(Sotelo, Berta, Tristán.)

BERTA.-(Tirándole del ferreruelo.)
Sotelo. (Tristán se mantendrá al paño, escuchando.)

SOTELO.-¿Quién sois?

BERTA.-(Acercándose al rostro un farol que traerá.)
¿No me conocéis?

SOTELO.-¡Berta!... ¿Cómo en ese traje,
a esta hora y en tal paraje?

BERTA.-Señor, ¿no lo comprendéis?

SOTELO.-Sólo que ya eres un paje.

BERTA.-Preciso era este vestido,
para conseguir mi intento.

SOTELO.-¿Y cuál?...

BERTA.-¿Habéis recibido una carta?

SOTELO.-Y al momento
a este lugar he venido.

BERTA.-Pues yo esa carta os mandé.

SOTELO.-Y ya lo que quieres pienso;
pero en nada variaré
el partido que tomé.

BERTA. ¿Y es?

SOTELO.-Surcar el mar inmenso.

BERTA.-Cuando mi madre querida,
sufriendo tormentos mil,
supo guardar vuestra vida,
vos pensáis que es una vil,
y la dejáis abatida,
el rostro bañado en llanto,
y el sensible corazón
presa del feroz quebranto,
de la duda, del espanto
y de la cruda aflicción.
Presto en honda sepultura
la veréis, señor, tendida,
marchitada su hermosura,
sin rosas su boca pura,
sus ojos sin luz, sin vida.
Entonces maldeciréis
vuestros infundados celos;
entonces demandaréis
que os la devuelvan las cielos,
y que es ya tarde veréis.
Y entonces su sombra augusta
vuestros pasos seguirá:
triste, silenciosa, adusta,
tomando venganza justa
vuestra alma destrozará.
Y vos, huiréis desolado
vuestra suerte maldiciendo;
en vano ¡ay! que el desdichado
corazón os va diciendo:
"Ni el sepulcro es tu sagrado."
Pues ni aun allí, ni aun allí
encontraréis el sosiego...

SOTELO.-Ten piedad, Berta,
de mí estoy delirante, ciego,
y siento un dolor aquí...
(Señalando el corazón.)
Déjame, Berta, por Dios;
vete, ya no me hables más.

BERTA. ¿Pero cómo queréis vos?...

SOTELO.-Todo mi haber tomarás,
y vivid con él las dos.

BERTA.-Yo nada os pido, señor,
tan sólo que me escuchéis
compadeced mi dolor,
sofocad vuestro furor,
y todo, todo sabréis.

SOTELO.-Habla, ya escucho tu voz.

BERTA.-Un hombre con Celestina
estaba: un hombre feroz,
cuya audacia se encamina...

SOTELO. ¿Cuál es su nombre?...

BERTA.-Muñoz.

SOTELO.-¡Dios Eterno!

BERTA.-El corazón ardiendo
de odio, de envidia,
y cubriendo de baldón
su pecho con vil traición,
comete infame perfidia.
A vuestra morada entró
con un puñal en la mano,
violento me sorprendió,
y su intento consiguió,
porque resistir fue en vano.
Tristán, de Muñoz criado,
estaba de una cortina
de la cama resguardado
cuando casi, ya cegado,
matabais a Celestina.
Si ella pronunciado hubiera

del visitador el nombre,
aleve balazo os diera
por la espalda ese vil hombre.

SOTELO.-¡Celestina! ¡Ah! ¡Quién creyera!...
Volemos: verla deseo;
a sus pies me postraré,
mi perdón la pediré;
y, si al pensamiento creo,
en su pecho lo hallaré.
Y luego de ese Muñoz
penetraré al aposento,
y con la espada, feroz
despedazaré y sangriento
su pecho, su pecho atroz.
Tiempo ha que detesta mi alma
a ese perverso, a ese vil.
Basta ya de infame calma,
y aspiremos a la palma
del esfuerzo varonil.
Si acaso en la empresa muero,
tengo amigos, que empuñando
están ya el filoso acero,
llenos de furor ansiando
dar muerte al déspota fiero.
¡Sígueme, Berta, al instante!

BERTA.-¿Pero a dónde queréis ir?

SOTELO.-A ver a mi esposa amante:
luego, a matar o morir
con pecho firme y constante.

BERTA.-¡Ah, desdichado Sotelo!
Tenéis más que padecer;
pedid fervoroso al cielo
que os dé valor para ver
lo que os cubre denso velo.
Mi labio está tembloroso
al deciros la verdad...
Ese tirano espantoso
aun cometió otra maldad
que referiros no oso.

SOTELO.-Habla; presto el corazón
acaba de destrozar...

Dime...

BERTA.-A su propia mansión
dio luego disposición
de a Celestina llevar.

SOTELO.-¿A Celestina? ¡Oh furor!

BERTA.-En el palacio encerrada
desde anoche, su dolor
exhala desesperada.
y os llama a gritos, señor.

SOTELO.-¡ Oh rabia! ¡Oh furor ardiente,
que me destrozas el pecho!
¿Por qué una mano potente
no me deshizo en mi lecho,
cuando aún era un inocente?...

BERTA.-Mirad cómo corre el llanto
por mis mejillas, señor:
¡ah! no aumentéis mi quebranto,
mi agudísimo dolor.....
No hay fuerza en mí para tanto.

SOTELO.-¿Y en mí?... ¿Y en mí? ¡Desgraciado!
En premio de la virtud,
ordena el cielo irritado
que pene desesperado
en mi triste juventud.
Mas me queda la venganza;
dulce, divina al mortal...
Cuando acaba la esperanza,
una cuchilla fatal
es lo que la mano alcanza.
y satisface con ella
el ardimiento feroz
que le ha infundido su estrella...
¡Oh mi Celestina bella!,
muerto verás a Muñoz.
vamos, Berta, ansiando estoy.
Mas, ¿dónde insensato voy?...
Yo solo, nada valdré
¿cómo al palacio entraré?
¿Qué? ¿Nada podré hacer hoy?...
A mis amigos buscar;

sí... pronto... don Baltasar
y don Pedro de Quesada...
los Bocanegras, y...

BERTA.-Nada necesitáis para entrar.

SOTELO.-¿Cómo?

BERTA.-Las puertas están
abiertas para nosotros.

SOTELO.-Las guardias impedirán...

BERTA.-No, señor; si fueran otros...
Pero no resistirán.
¿Gonzalo?
(Salta Núñez de la canoa.)

SOTELO -¿A quién llamas, di?

BERTA.-A un hombre que me acompaña.

SOTELO. ¿Quién es?

BERTA.- (Acercando el farol al rostro de Núñez.) Miradle.

SOTELO.-Yo vi esta cara otra vez...

BERTA.-Sí;
la habéis visto.

SOTELO-(Al oído de Berta.) Éste te engaña.

ESCENA VI

(Sotelo, Berta, Tristán, Núñez. Tristán permanece al paño. Núñez, hacia el fondo.)

BERTA.-No temáis, que bien segura
estoy de su corazón,
y sé que su alma es tan pura
que nunca será perjura.

SOTELO.-¿Tienes dél satisfacción?

BERTA.-Él es quien la carta os dio,

y además quien la escribió.
Señor, os respondo dél:
es prudente, honrado, fiel;
por eso le adoro yo.
Ven presto, Gonzalo mío,
acércate pronto acá:
habla, que apenas te oirá;
si en mi corazón confío,
malvado no te creerá.

NÚÑEZ.- (Acercándose.)
Yo sirvo al Visitador,
pero mi alma estremecida
siempre ha visto con horror
a ese cobarde homicida.

TRISTÁN.- (Aparte.) (Ya sé que eres un traidor.)

NÚÑEZ.- De nuestra parte ya está
la guardia, y espera ansiosa
que volemós presto allá.
Veréis luego a vuestra esposa.

TRISTÁN.- (Aparte.) (Todo Muñoz lo sabrá.)
(Vase.)

SOTELLO.- Dulce, angélica verdad
vuestras palabras respiran.
En vos hay sinceridad.

NÚÑEZ.- Señor...

SOTELLO.- Can velocidad
vamos: las horas expiran.
Aligeremos el paso,
que ver a mi esposa anhelo.

(Al irse, se detienen repentinamente oyendo ruido de espadas por la parte izquierda.)

TRISTÁN.- (Dentro.) ¡Socorro! ¡Socorro!

BERTA.- (Retrocediendo.) ¡Cielo!

NÚÑEZ.- (A Sotelo.) ¿Escucháis?

SOTELO.-El viento acaso...

BERTA.-*(Acercándose con cautela.)*
Son unos hombres, Sotelo.

(Aparece Tristán defendiéndose de un conjurado que lo ataca: a este último le siguen dos de sus compañeros con la espada en la mano.)

NÚÑEZ.-*A1 que socorro pedía,*
tres, en combate feroz,
rechazan.

SOTELO.-*(Empuñando la espada y dirigiéndose a los conjurados.)*
¡Qué villanía!

BERTA.-*¿Dónde vais?*

SOTELO. Le auxiliaría,
aun cuando fuera Muñoz.

(Sotelo se pone al lado de Tristán; Núñez le imita, se meten acuchillando a los conjurados.)

PASO SEGUNDO

(Un aposento de palacio, bellamente adornado. Una puerta en el fondo; otra a la izquierda, cuyas hojas se abren hacia la escena. Un estrado de almohadones al estilo oriental. Penetra de cuando en cuando, por la puerta del fondo, la luz de los relámpagos.)

ESCENA VII

CELESTINA.-*(Sentada en el estrado.)*
¡Oh mujer desdichada,
a quien la suerte pérfida
tiene aquí abandonada
sin encontrar alivio a su dolor!
Yo que era tan dichosa,
me encuentro sola y mísera,
lamentando llorosa
de mi pesar indómito el furor.
¿Cuál será nuestra suerte?...
Sotelo, errante y prófugo,

recibirá la muerte
en un país remoto o en el mar.
Yo, de un feroz tirano
desventurada víctima,
luchando, siempre en vano,
por mis duras cadenas quebrantar.
Siento un peso en el alma
que me atormenta bárbaro,
y en impotente calma
tiene hundido mi triste corazón.
Es calma de la muerte,
que ya mi vista el túmulo
no muy lejos advierte,
que ha de ser mi postrera habitación.

(Aparece Muñoz por la puerta izquierda, y se detiene escuchando a Celestina.)

¿Sumidos en espanto
los mexicanos, tímidos,
derramando su llanto
primero que su sangre quieren ver?
A la señal de alarma,
como mujeres débiles,
si alzar pretenden su arma
desfallecidos déjanla caer...

ESCENA VIII

(Celestina, Muñoz.)

(Al oír la voz de Muñoz, Celestina se levanta despavorida, como pretendiendo huir; mas luego se detiene, permanece a cierta distancia de él.)

MUÑOZ.-¿Al cabo lo conoces?... ¿Ya no esperas
que a tu socorro vuele el mexicano?...
¿Te convences al fin de que a mis plantas
gime ese pueblo débil y humillado?
¡Oh loca fantasía! En tu cabeza
vagan y te deleitan sueños vanos;
pero la realidad viene sañuda,
y tu destino con furor mostrando,
"Ríndete, dice, a ese mortal potente,
o verás a tu esposo en el cadalso".

CELESTINA.-¡En el cadalso!... ¡Oh Dios!... ¿Y vuestro pecho

sería tan cruel, tan inhumano,
que en la inocencia mísera os vengaseis
sin haber della recibido agravio?...
Eso no puede ser: aunque de fiera
el corazón tuvieseis despiadado,
al fin conoceréis vuestra injusticia
viendo mis ojos por el lloro hinchados,
y oyendo mis suspiros y mis quejas
roncos salir de mi convulso labio.
Mi dolor, mis angustias, mis martirios,
capaces de mover al frío mármol,
vuestra alma ablandarán, estoy segura,
y me daréis la libertad al cabo.
Poneos en lugar de mi Sotelo,
y suponed que sois el desdichado
a quien arrancan su querida esposa,
a quien inundan de dolor amargo.
¿Cuáles fueran las ansias, los tormentos,
que con robusta, poderosa mano,
rompiendo vuestro pecho os despeñaran
del negro abismo en los profundos antros?...

MUÑOZ.-¡Si yo fuera Sotelo!, pero sabes
que no lo soy, y suponer es vano
cosas que de por sí son imposibles,
pensamientos inútiles y vagos.
Sólo sé que Muñoz es mi apellido,
que una extensa nación tengo a mi mando,
pues represento en ella al gran Felipe,
que es de España el potente soberano;
que tengo hartos poder, que me obedecen
tímidos, y a mis plantas humillados,
millares de hombres que serían libres
según la ley, pero que son esclavos.
No más de un modo quiero ser Sotelo:
como tu esposo.

CELESTINA.-Nunca, hombre malvado...
¡Ah!... ¿Qué digo?... ¡Perdón!, mi lengua sólo...

MUÑOZ.-Tu lengua ayer estúvome insultando,
y ora duda... ¿por qué?... ¿dónde tu brío,
tu arrogancia y furor se han ocultado?
¿qué se ha hecho tu valor?... ¿tiemblas ahora,
y altiva ayer me estabas despreciando?
¿qué es de tu defensor?..... ¿de ese Sotelo?

¿dónde está, dónde, el furibundo brazo?
¿por qué no vuela a tu socorro, y vierte
la sangre de Muñoz, del que insensato
se atreve a aprisionar a Celestina,
y continuo de amores le está hablando?

CELESTINA.-No insultéis mi dolor... ¡Piedad!

MUÑOZ.-Tu esposo
te entrega infiel a tu destino infausto.
Cuando estabas guardando su existencia
te cubría de injurias el ingrato,
y hasta darte la muerte pretendía
de su rabia frenética guiado.
Y quién sabe si ahora enfurecido
maldice su piedad, y preparando
está el cuchillo que tu pecho hienda;
y ya mira tu cuerpo desangrado,
y ya te ve gimiendo moribunda,
y en tu agonía el vil se está gozando.

CELESTINA.-No; de su corazón nunca creyera
semejante maldad: es un engaño.
Yo le conozco bien: si olvidar pudo
por un momento mi virtud; si tantos
ultrajes profirió contra su esposa,
y aun pretendió colérico, indignado,
la vida arrebatarse a la que tierna
le estrechó tantas veces en sus brazos,
al fin su error conocerá, y violento
volará en mi socorro...

MUÑOZ.-Si obstinado
pretendiera venir a recobrarte.
¡ay infeliz!, ¡que tiemble el temerario!
Mirarías entonces con la espada
su corazón infame traspasado.
Lleno de sangre, pálido, convulso,
por las hondas heridas respirando,
y diciéndote adiós con voz doliente,
y tendiendo hacia ti sus tibios brazos...

CELESTINA.-Cesad por compasión... ¡Dios de justicia!...
¡Qué detestable y horroroso cuadro!...
¿Y seríais capaz?... ¿Y del infierno
no teméis el furor?

MUÑOZ.-Piensa que te amo
y deja lo demás. La paz de mi alma
y de la tuya, quedará a mi cargo.

CELESTINA.-Para el hombre que al crimen se abandona,
religión y virtud son nombres vanos.

MUÑOZ.-El que en su pecho una pasión abriga,
rompe furioso lo que encuentra al paso.
Cede a mí, Celestina, y yo te juro
que en el instante me verás trocado.
Seré modelo de virtud sublime,
y a ti lo deberé. Mas si al contrario...
en vez de amor y de caricias tiernas
sólo repulsas y desprecios hallo,
hará la fuerza lo que no han podido
los ruegos, las ofertas, los halagos;
y de crimen en crimen... nada importa:
un crimen más! ¡un crimen!... ¡y entre tantos!

CELESTINA.-¿Queréis ser virtuoso, cometiendo
una maldad, indigna del humano?...
Si no teméis del cielo la venganza,
y sus sagradas leyes despreciando
os arrojáis del crimen detestable
en el inmenso y tenebroso caos,
a los hombres temed: del Rey Felipe,
la indignación no provoquéis cegado;
quizá se canse, oyendo las plegarias
del oprimido pueblo mexicano,
y con mengua de vos, ardiendo en ira,
os arrebatte de la diestra el mando,
os despoje de bienes y de honores,
y en la indigencia os hunda despiadado.
¿Qué haréis entonces? Pobre, miserable,
sin encontrar ni protección ni amparo,
de puerta en puerta vagaréis humilde,
y seréis por doquiera rechazado.
Como un insecto vil y despreciable,
vuestra existencia mísera arrastrando,
la muerte invocaréis, y ni la muerte
oírá vuestro clamor desesperado.
Y el hombre que cual rey, bajo de un solio
se asentó lleno de esplendor y fausto,
y con sangre inocente se bañara,

la Nueva España, pérfido, assolando,
como inmundicia hedionda y asquerosa
a un cenagal se mirará arrojado.

MUÑOZ.-¡Oh necias ilusiones!... Si Felipe
de esta colonia me arrebata el mando,
oro me quedará, y el opulento
ha sido en todos tiempos apreciado.
¿Qué vale la virtud sin la riqueza?
El infeliz en triste desamparo
gemirá siempre, aun cuando sea un ángel,
y quien enjague no hallará su llanto.
En cambio el hombre que en sus arcas tiene
plata y oro y diamantes encerrados,
aun cuando fuere un bárbaro asesino,
es ante el mundo de virtud dechado.

CELESTINA.-¿Y si la vida el Rey os arrancase
mandándoos expirar en un cadalso?

MUÑOZ.-Entonces moriré con el consuelo
de haber antes gozoso descansado,
sin descontento, sin zozobra alguna,
de Celestina en los amantes brazos.

CELESTINA.-Eso nunca verás, hombre perverso.
Primero en polvo se hundirá el palacio.

MUÑOZ.-¿Y quién en este instante, infortunada,
quién podrá libertarte de mis manos?

CELESTINA.-*(Sacando un puñal que lleva escondido en el seno.)*
Este puñal.

MUÑOZ.-*(Sorprendido.)* ¡Mujer!

CELESTINA.-En vuestro pecho,
si audaz os atrevéis a dar un paso,
penetrar aquí los guardias viles,
de horror cubiertos lo verán clavado.

MUÑOZ.-¡Detestable mujer! ¿Tendrás aliento
de mancharte con sangre?...

CELESTINA.-Adelantaos...

MUÑOZ.-Estás resuelta, bien lo veo:
tu alma ya de su triunfo se estará gozando;
empero tu placer cesará en breve:

(Mostrándola una cota.)

mira: ¿no ves mi pecho resguardado?

CELESTINA.-¡Una cota!... ¡Gran Dios!

MUÑOZ.-Fuerte, robusta,
impenetrable.

CELESTINA.-Soy perdida...

MUÑOZ.-¿Acaso
soy loco miserable, imbécil niño?

CELESTINA.-Pues dad un paso, y el puñal me clavo.

(Empieza a oírse el bramido de la tempestad.)

MUÑOZ.- (Después de un instante en que ha asomado feroz sonrisa a sus labios.)

¿Y te darás la muerte, si iracundo
en calabozo lúgubre te lanzo?...

CELESTINA.-No lo dudéis.

MUÑOZ.-¿Y si tu Berta amada
miras pisar las gradas de un cadalso,
a gritos demandándote la vida,
teniendo atado a su garganta el lazo?

CELESTINA.-¡Mi Berta!... ¿Y qué delito cometiera?..

MUÑOZ.-Habla: impaciente tu respuesta aguardo.

CELESTINA.-Me mataré también.

MUÑOZ.-¿Y si a Sotelo
ves en la atroz tortura rebramando
de angustias y dolor, pidiendo a voces
¡perdón! ¡perdón!, y del convulso labio,
entre horrorosos penetrantes ayes,
execrables blasfemias arrojando?

CELESTINA.-¡Oh Dios!

(Cubriéndose el rostro.)

MUÑOZ.-Responde al punto, Celestina.
¿Valor tendrás para mirarle?...

CELESTINA.-¿Acaso
sois ángel de terror, que del abismo
sale a oprimir mi pecho con espanto?

(Un trueno.)

¿No teméis del Eterno la venganza?
¿No oís, no oís cómo retumba el rayo?

MUÑOZ.-Nada temo. Habla pronto. ¿Qué resuelves?...
(Pausa.)

CELESTINA.-Me mataré también, feroz tirano.

(Muñoz duda por un momento entre irse p permanecer; al fin vase precipitado por la izquierda. Celestina cae en uno de los almohadones del estrado. Algunos instantes después aparece Berta por el fondo, mira cautelosamente a todos lados, se precipita hacia Celestina y se sienta junto a ella.)

ESCENA IX

(Celestina, Berta.)

BERTA.-Aquí estoy, madre querida,
volved gozosa a la vida:
el cielo su ardiente cólera,
por nuestra dacha aplacó.
Ya no temas al tirano
sus artes serán en vano:
las armas tu esposo intrépido
ya generoso empuñó.
¡Mas cielos! ¿Qué es lo que veo?
¡Ay!, a mis ojos no creo...
tienes el semblante pálido,
y en tu mano está un puñal.
Abrázame, madre mía...
(La abraza y la besa.)

Me hiela tu frente fría...
¿Por qué así te miro trémula?
¿te ha sucedido algún mal?
Mitiga el duro quebranto
que baña mi rostro en llanto...

CELESTINA.-Mi Berta, seremos víctimas
de esa serpiente cruel.

BERTA.-No lo temas. En la tumba
ya su planta se derrumba:
al pueblo verás de súbito
que fiero acude en tropel.
Y que al palacio se allega,
sus puertas al fuego entrega,
las desquicia con estrépito
y entra lleno de furor:
busca hasta su alcoba misma
al déspota, que se abisma
desalentado y atónito
oyendo sordo rumor.
En torno de sí recorre
con la vista, y luego corre
del palacio por los ámbitos,
al trueno del arcabuz.
En vano a sus guardias llama:
sólo mira que la flama
doquiera se extiende rápida
lanzando siniestra luz.

CELESTINA.-¡Cómo te ciega el deseo!
Yo sólo infortunios veo.
Huye, Berta, de esta cámara
y no vuelvas a ella más.
Huye del palacio presto.
Huye del signo funesto
que nos persigue, y en México
jamás te vean...

BERTA.-¡Jamás !
¿Y tú, Celestina, quieres?...
No puede ser, o ya no eres
como en nuestros días prósperos,
en que unidas...

CELESTINA.-¡Ah!

BERTA.-Las dos...
(Levantándose: Celestina hace lo mismo.)
Mas el tiempo no perdamos.
Vamos, Celestina, vamos,
que ya tu esposo esperándote...

CELESTINA.-¡Mi esposo!

BERTA.-Mírale.

CELESTINA.-¡Oh Dios!

(Sotelo aparece por ta puerta del fondo; Celestina, al verlo, corre, se precipita en sus brazos, y estrechados permanecen algunos instantes.)

ESCENA X

(Celestina, Berta, Sotelo.)

(Crece la tempestad, y va en aumento hasta el fin de la jornada.)

SOTELO.-¡Ah, Celestina mía!
¿Será verdad que tengo entre mis brazos
a mi amor, a mi bien, a mi consuelo?...
¿Será verdad que el cielo
aplaca la ira de la suerte impía?...
¡Oh, cuánto padecí!... Mi error perdona;
Yo te ofendí, mi dueño,
y con feroz empeño
tu corazón despedacé insensato;
empero el velo se rasgó, y ardiente
tu agravio y mi baldón de vengar trato.
Habla, por compasión: que oiga tu acento,
que mi alma se embriague de contento
al escuchar tu voz encantadora...
¡Cuán feliz soy ahora!
Ya no temo perderte,
ya no temo a la suerte,
ya la sangre en mis venas se acalora.
Habla...

CELESTINA.-No puedo... El corazón me mata...
Mi fantasía, perturbada y ciega,
mis ideas confunde

y de placer me anega.
Al opresor temía;
pero he sabido resistir... La muerte,
antes que verme deshonrada y triste;
antes, Sotelo mío, que perderte.

SOTELO.-No morirás, mi bien. Siento en mis venas
arder la rabia y el furor altivo.
Cesarán nuestras penas;
romperé las cadenas
que nuestro cuerpo oprimen,
borraré la señal que en él imprimen.
Visitador, venid, aquí os espero:
arracad de mis brazos a mi esposa;
venid con vuestra guardia poderosa,
a todos hablaré con el acero.

CELESTINA.-No alarmes a la fiera sanguinosa.

BERTA.-Nos escuchan quizá...

SOTFLO.-*(Sin atenderlas.)* De encono muero.
Ríos de sangre correrán: ¡lo juro!
O moriré como hombre en la demanda.
¡Manda, perverso, a tus soldados, manda!
En mi cuchilla encontrarán un muro.
(A Celestina.)
Nos favorece el cielo
¿oyes tronar de Dios la voz potente?
¿sientes temblar el suelo?
¿del relámpago ardiente
no ves la luz veloce y reluciente?
(Abrazando a la vez a Celestina y a Berta.)
¡Oh noche de placer! ¡Dios poderoso!,
tú que al mísero huérfano proteges,
no a esta familia en desamparo dejes
en este mundo impío y borrascoso.
Ha extendido su mano
el Supremo Hacedor, y la luz cubre.
Su poder soberano
nos servirá de guía
por entre medio la tiniebla fría.
Sígueme, Celestina;
yo volveré después a esta morada
empuñando frenético la espada.
A ser libertador de aqueste pueblo

el cielo bondadoso me destina.
Síguenos, Berta, mi querida Berta:
la que abriga en su pecho un alma pura,
modelo de virtud y de hermosura,
mi consuelo y mi bien.

(Al irse todos, Tristán sale por la izquierda.)

ESCENA XI

(Celestina, Berta, Sotelo, Tristán.)

TRISTÁN.-No hallaréis puerta.

CELESTINA.-¡Oh cielos! Perdidos somos.
¡Ah, señor! ¡piedad! ¡piedad!

SOTELO.-*(Sacando la espada.)* Traspasando vuestro pecho
mi espada la encontrará.
A vuestro dueño y a vos
buscaba lleno de afán.

TRISTÁN.-Aquí me tenéis, Sotelo;
mas vuestra rabia calmad:
no vengo como enemigo,
sino como hombre de paz.
Del palacio ya cerradas
todas las puertas están,
pues Muñoz ha descubierto
que aquí, Sotelo, os halláis.
Iban a prender a Núñez;
pero ha podido escapar
A vos os guardan la muerte...

SOTELO.-Que vengan.

TRISTÁN.-No, no temáis
vos me salvasteis la vida,
y ahora os la vengo a pagar.

SOTELO.-¿Yo la vida?

TRISTÁN.-Vos; no ha mucho.
cerca de aquí, ¿os acordáis?

(SOTELO guarda la espada.)

Hay una puerta excusada
en el palacio, y que da
a la calle; yo y Muñoz
la conocemos no más.
Os conduciré; mas luego
que del palacio salgáis,
ya no seré vuestro amigo,
sino contrario mortal.
Os favorece la noche:
negra, borrascosa está;
por entre las negras sombras
hallaréis la libertad.
No hay momento que perder;
seguidme presto.

SOTELO.-¡Jamás!

TRISTÁN.-¿Qué decís?...

SOTELO.-¿Quién me asegura
que habláis con sinceridad?
¿No podrá ser éste un lazo
que tendéis para mi mal?

TRISTÁN.-Si yo perderos quisiera,
¿tendría necesidad
más que de traer soldados
que os prendiesen? Además,
llevad, Sotelo, en la diestra,
si os queréis asegurar,
este puñal que os presento...
(La acción.)
Vamos, Sotelo, tomad. (Sotelo rehúsa.)
Iré delante de vos;
y luego que conozcáis
que soy un traidor infame,
con furia me le clavad.
Pero vamos al momento,
porque Muñoz llegará.
Tomad...
(Dándole el puñal.)

SOTELO.-¡Nunca!... No lo tomo,
no quiero vuestro puñal.
Confío en vuestra palabra;

y si acaso me engañáis,
la cólera del Eterno
de un traidor me vengará.

(Se oye ruido de armas por la izquierda.)

Marchemos, que ya las armas
oigo allá dentro sonar:
Muñoz se acerca...

TRISTÁN.-Marchemos.

CELESTINA.-Vamos con velocidad,
Berta mía, y Dios permita
que nos podamos salvar.

(Vanse precipitados por el fondo; Berta los sigue hasta la puerta, y se vuelve sin que ellos lo noten.)

ESCENA XII

Berta. (Se escucharán hasta el fin de la jornada, truenos repetidos que produce la tempestad. Esta escena y la siguiente deberán ser ejecutadas con la mayor rapidez posible.)

BERTA.-¡Qué miro!... ¡soldados!... ¡armas!

(Pasos dentro.)

No, por aquí no entrarán.

(Corre a la puerta de la izquierda, la cierra, dando vuelta a la llave, y la atranca con su cuerpo. Empujan la puerta por dentro.)

Que se salve Celestina,
y perezca yo.

MUÑOZ-(Dentro.) Tirad
esa puerta.

(Golpes dentro.)

BERTA.- (Con el acento de la desesperación.)
¡Horrible trance! Señor, amparo me da.

(La chapa se rompe; Berta cae al empuje de la puerta.)

ESCENA XIII

(Berta, Muñoz, soldados.)

MUÑOZ-(Recorre con la vista rápidamente la escena y exclama despechado.)
¡Se han ido!...

(Saca violentamente de su cintura un puñal, y hiere a Berta, que hincada abraza sus rodillas.)

Muere...

BERTA.-(Cayendo exánime.) ¡Dios mío!...

MUÑOZ-(Yéndose por la puerta del fondo, seguido de la guardia.)
¡Sigamos a los demás!

FIN de la Segunda Jornada

JORNADA TERCERA

PASO ÚNICO

(Sala pobre en una casa de la calle de los Rebeldes, junto al colegio de San Juan de Letrán. Una puerta a la izquierda de los actores, otra en el fondo; a la derecha una ventana con celosías; sillas toscas de madera labrada. Noche. En esta jornada aparecen vestidos de luto Sotelo, Celestina y Núñez.)

ESCENA I

(Celestina aparece sentada, y como hundida en una profunda aflicción: sus ojos estarán aún húmedos con el llanto.)

CELESTINA.-¡Muerta!... ¡Muerta sin piedad!
Resonaron sus gemidos
a la par que los bramidos
de la horrible tempestad...
¡Oh noche de atrocidad,

para el crimen abortada
y con sangre señalada!...
Noche fatal y siniestra.
¿Por qué del Señor la diestra
no te sepultó en la nada?
Caminabas entre flores,
¡oh niña inocente y pura!,
gozando de la hermosura
de sus variados colores:
sus apacibles olores
tus sentidos confundieron,
y tus ojos no advirtieron
que bajo tapiz tan pulcro
se ocultaba hondo sepulcro
donde tus plantas se hundieron.
Quizá al morir pronunciaste
mi nombre en voz apagada,
y trémula, ensangrentada,
quizá ansiosa me buscaste.
¡Oh niña, que tanto amaste
a esta infelice mujer!,
no me queda ni el placer
de hincarme en tu sepultura,
y sobre la losa dura
una lágrima verter.

(Silencio.)

Dentro tu seno fecundo,
madre común, tierra fría,
¿cuándo de la suerte impía
me alejarás, y del mundo?
Contra el hado furibundo
sólo la tierra es el puerto:
allí sosegado, muerto,
halla el hombre su fortuna...
¡La más delicada cuna
sería el sepulcro yerto!
Desde hoy más, cuando levante
su faz la pálida luna,
verá rodar una a una
lágrimas por mi semblante;
y vagando delirante
entre amargura y dolor,
de mi labio sin color
tristes gemidos saldrán

y mis quejas se alzarán
hasta el trono del Señor.

(Celestina, Núñez.)

(Núñez aparece por el fondo, con los brazos cruzados y muy pensativo.)

CELESTINA.-(Levantándose.) ¿Ya estáis aquí, Gonzalo?
¿dónde dejasteis a mi amado esposo?
¿por qué sin él os veo?
No sois, a la verdad, muy cuidadoso:
no habéis cumplido bien con mi deseo.

NÚÑEZ.-Nada temáis, señora;
la vida de Sotelo está segura.

CELESTINA.-¿Adónde se halla ahora?

NÚÑEZ.-De sombría tristura
su varonil semblante obscurecido,
vaga inquieto, afanoso, convocando
a todos sus amigos, que anhelando
dar al déspota muerte,
ya preparan el hierro enmohecido.
Aquí deben venir, éste es el punto
que para su reunión han elegido.

CELESTINA.-¿Cuál será nuestra suerte
si Muñoz lo sorprende, Dios Eterno?

NÚÑEZ.-No hay nada que temer: os lo aseguro.
Esta casa infeliz donde habitaron
los que indefenso al mundo me arrojaron,
no es conocida del tirano impuro.
Contiguo está Letrán: por él la puerta
para escapar tendremos,
en el instante mismo que observemos
que esta mansión ha sido descubierta.

CELESTINA.-¿Y qué necesidad, Núñez, había
de tal conjuración? ¡Murió mi Berta!...
Dejar este país mejor sería.

NÚÑEZ.-Dejarlo, sí... ¡dejarlo!... Yo el primero
me alejaré del suelo mexicano...
Pero antes en el pecho del tirano

mil y mil veces hundiré el acero.
De este país de execración, de muerte,
partir será forzoso, sí, forzoso...
Tierra de maldición, ¡oh, cuán dichoso
seré cuando consiga ya no verte!
Cien veces pude ahogar entre mis brazos
al déspota Muñoz; de rabia lleno
pude haber arrancado de su seno
las pérfidas entrañas a pedazos.
Pude beber su sangre emponzoñada
para irritar la rabia de mi pecho;
¡pude bajo mis pies verle deshecho
al rudo golpe de mi dura espada!
¿Por qué no lo hice?... ¡imbécil! ¡miserable!
No padeciera, no, cual hoy padezco.
El cielo me castiga: lo merezco
fui de Muñoz esclavo despreciable.
Pero aún es tiempo, es tiempo todavía;
sonará presto de su muerte la hora.
Mañana al relucir la dulce aurora,
¡le verá presa de la tumba fría!
¡Cómo se alza en mi pecho la esperanza!
¡La esperanza de Dios, rayo luciente!
¡Ah, cómo se alza en mi agitada mente
devorador deseo de venganza!
El hombre débil que la frente humilla
bajo el látigo infame de un tirano,
merece que de un vil la torpe mano
imprima la deshonra en su mejilla.

CELESTINA.-Callad, por compasión. Furor insano
agita vuestro seno proceloso.
¿Sangre queréis verter?, ¿queréis venganza?
¿Qué espíritu maligno,
qué irresistible signo,
a difundir el exterminio os lanza?
Sois poco generoso
esas ideas desechad al punto
de vuestra fantasía;
no al precipicio oscuro y escabroso,
como niño sin guía,
os dejéis arrastrar.

NÚÑEZ.-Es imposible.

CELESTINA.-¿Imposible?, ¿por qué? ¿No son bastantes

las penas todavía
que nos hace sufrir la suerte impía?

NÚÑEZ.-Escuchadme, señora,
y me disculparéis. Huérfano y pobre
en el mundo vivía;
y en medio a mi dolor me figuraba
que Dios me rechazaba
y lleno de furor me maldecía.
Para mí no sonaba
la voz consoladora
de la amistad, que tanto apetecía;
pues ni a vos ni a Sotelo conocía,
que sois mi alivio, mi esperanza ahora.

CELESTINA.-¿Qué habláis?

NÚÑEZ.-Pura verdad. ¿Queréis que calle?
¿Queréis que dentro el alma
en despreciable calma
el grato bien reciba
que me alarga una mano compasiva?
Os dije que era huérfano, señora,
sin amparo ni abrigo,
sin apoyo ni amigo
solo, como en el árido desierto
la palma vividora,
necesitaba un ángel inocente
que fuera mi consuelo, mi tesoro,
que con sus manos cándidas mi lloro
enjugara clemente.
Que llenara el vacío de mi pecho,
que ocupara mi ardiente fantasía,
que al corazón volviese la alegría,
del mortal a despecho.
Y que, con sus caricias deliciosas,
su dulce voz y su mirar amante
pudiera disipar de mi semblante
las nubes tenebrosas.
Encontré esta mujer: bella, sensible,
tierna, sencilla, pura...
Era un niño inocente,
era aurora luciente,
destello del Señor era apacible.
No hubiera yo trocado una caverna
por un trono en el sol, sin ella al lado;

y un infame, un malvado
me la arrebata todavía tierna...
¡Oh mi Berta infeliz!, si desde el cielo,
donde debes estar, ves a tu amante,
dale fuerzas, protégele: su mano
rasgará el pecho al que te dio la muerte,
y ahora la cabeza alza triunfante.
Si verdinegra sierpe venenosa
relazara mi cuello y le oprimiera,
y con filosos dientes, rencorosa,
mi triste pecho sin cesar rompiera,
ningún esfuerzo hiciera
por arrancarla, y firme sufriría
el amargo dolor y la agonía
pero con tal de que ávidos miraran,
saltando de sus órbitas, mis ojos,
de Muñoz desgarrados los despojos,
y en su sangre mis miembros se bañaran.

CELESTINA.-Esa sed de venganza, al precipicio
os arrastra veloz. También yo amaba, t
ambién yo idolatraba
a la mujer que lamentamos muerta,
a la infelice, malograda Berta.
Pero yo alivio mi dolor, llorando
su acerba desventura,
su muerte prematura,
y al Dios Eterno con fervor rogando,
conseguiré algún día
que de la suerte impía
que feroz nos persigue,
el bárbaro rigor al fin mitigue.

NÚÑEZ.-Para llorar el infortunio adverso
creó el Señor a la mujer sensible,
y es formado su labio
para calmar al Dios del universo;
empero contra un déspota temible
que agravio sobre agravio
al mortal infelice hace perverso,
de fuerza debe armar el hombre su alma
para adquirir la palma
a la constancia y al honor debida
no consuma su vida
en impotente y vergonzosa calma.

CELESTINA.-Si la mujer criada
fue para orar, para llorar tan sólo,
¡es ciertamente bien desventurada!
¡Ver en peligro lo que más adora,
después del Dios Eterno,
y no poder volar a defenderle,
no poder, si le hieren, socorrerle,
y sentir los martirios del infierno!
¡Oh dolor sempiterno,
que el corazón me rompes furibundo!
¿Cuándo me alejarás de aqueste mundo?

NÚÑEZ.-¡Infeliz Celestina!
¡Oh cuánto vuestra suerte compadezco!
¡Cuánto al veros padezco!
¿Por qué la ira divina
su furor ceba en la mujer hermosa?

(Pasos dentro, hacia el fondo.)

CELESTINA.-Núñez, ¿oís?... ¿oís?... Alguien se acerca...
En esta noche negra y pavorosa
mucho temer debemos.

(Núñez se asoma por la puerta del fondo.)

NÚÑEZ.-Por fin llegó.

CELESTINA.-¿Quién es? Hablad, Gonzalo.
Tiemblo... ¿Quién es?

NÚÑEZ.-Don Baltasar.

ESCENA III

(Celestina, Núñez, Sotelo.)

SOTELO.- (Entrando por el fondo.) ¡Esposa!

CELESTINA.-Baltasar, ¡cuánto tardabas!
Dolores, penas agudas,
atormentaban mi pecho
en encarnizadas luchas.
Ya me figuraba verte
entre las garras impuras

de la fiera sanguinaria
que nos persigue iracunda.
Mas no es así, no; ¡qué dicha!,
¡qué incomparable fortuna!
Te estoy mirando a mi lado,
junto a mí estás, no hay duda.

SOTELO.-Sí, Celestina adorada,
contigo estoy, y se funda
mi felicidad en verte,
en contemplar tu hermosura,
en escuchar arrobado
las palabras que pronuncias.
Mas presto debo dejarte:
ya mis amigos empuñan
las espadas, que al tirano
sepultarán en la tumba.
Yo sus almas he movido:
lo debí hacer, que ya es mucha
esta servidumbre infame
que nos consume y abrume.
Basta ya de sufrimientos,
de humillaciones injustas,
que envilecen nuestras almas
y el corazón nos enlutan.
Aquí mis amigos todos,
lentos de fuerza y bravura,
se reunirán esta noche
a la secreta consulta.
Velad a la puerta, Núñez,
y esperad los de la junta:
ya sabéis la contraseña.

NÚÑEZ.- (Yéndose por la puerta del fondo.) Sí, señor.

ESCENA IV

(Celestina, Sotelo.)

SOTELO.-Calma tu angustia.

CELESTINA: Teme una desgracia, esposo,
y mis consejos escucha.
No a tu perdición te arrojes
con desordenada furia,

que no sólo tú pereces,
sino también... ¡Ah! cuál turba
mi mente triste presagio
que mis ideas ofusca.
Miseria, muerte, exterminio
estoy mirando circundan
a México desolada,
y ya fieros la aseguran.

SOTELO.-¿Por qué, Celestina mía,
el corazón te atribulas
representándote escenas
de sangre, horror, amargura?
¿Por qué con afán molesto
empeñada siempre buscas
el modo de atormentarte
con imágenes que asustan
tu corazón, y que están
de toda verdad desnudas?
Está preparado el golpe:
nuestra victoria es segura.
¿Qué temes? Presto al tirano
verás débil, sin ayuda,
pálido, sin voz ni aliento,
la faz llorosa y confusa,
pedir perdón prosternado
a los que hoy altivo burla,
a los que inhumano ahora
en subterráneos sepulta.

CELESTINA.-Y si la desgracia nuestra
hace que triste sucumbas
bajo su poder inmenso,
¿qué será de mí?... ¿Te turbas?

SOTELO.-Nada temas: un hermano
me concede la fortuna:
será tu apoyo y defensa,
y del Estado columna;
sabrás vengarme valiente,
yendo de Muñoz en busca;
sabrás arrancar de sus garras
al pueblo, que atroz subyuga.
Mi hermano es Diego Sotelo:
tú conoces su bravura,
su constancia, su firmeza,

y sabes, cual yo, que nunca
de un déspota las infamias
ni las bajezas adula.

CELESTINA.-Mas no está en México.

SOTELO.-Es cierto;
pero vendrá con presura,
que ya le escribí una carta
y se la he mandado oculta;
le digo en ella que luego
a mi llamamiento acuda;
y lo hará, seguro estoy
caminará con premura
a socorrer a su amigo,
presa del dolor y angustia.
Desde la infancia más tierna,
ante las aras augustas,
juramos amor eterno,
juramos defensa mutua.
Si a un afrentoso cadalso
me arrastrara la fortuna,
Diego volara a vengarme
y pereciera en la lucha.
Mas tú lloras, Celestina,
el dolor tu faz anubla
¿por qué desolada entregas
el alma a las penas duras?

CELESTINA.-¡Ah!, sólo hallaré reposo
bajando a la sepultura...
Huyamos, Sotelo mío;
mis penas, mis ansias juntas
el corazón me comprimen
y despedazan con furia.
Este país malhadado
entre la quietud nocturna
dejemos, dejemos pronto,
y no regresemos nunca.
Una vida de tormentos
mi fantasía me anuncia,
y veo que la desgracia
ya se aproxima iracunda.
Desde su solio esplendente
cuida Dios a su criatura;
Él, que es sabio y justiciero,

vengará nuestras injurias.

SOTELO.-¿Y en tanto, prófugo y triste,
llena el alma de pavora,
de mi esposa acompañado
iré por extraña ruta,
entre cansancio y fatiga,
y entre la pobreza ruda,
a buscar tétrico asilo
en negra, escabrosa gruta?

(Aparecen los conjurados; Núñez cierra la puerta del fondo.)

¿Y en tanto al déspota fiero
alzando la faz sañuda
y oprimiendo al mexicano,
veré que bárbaro triunfa?
No, jamás. Si a los perversos,
que de la virtud se burlan
y oprimen a la inocencia,
Dios indignado derrumba;
si halla recompensa
el justo allá del cielo en la altura,
y entre ángeles relucientes
un puesto por fin ocupa,
también el hombre en la tierra,
con diestra firme y robusta
debe, contra los tiranos
alzar la espada desnuda,
y hacer brotar de sus venas
la sangre negra y corrupta.
Pero ya nuestros amigos
impacientes me circundan,
y estoy mirando en sus rostros
deseos de entrar en pugna.
Vete, Celestina mía,
nada temas.

CELESTINA.-Dadme ayuda,
Dios Eterno y poderoso,
para sufrir tanta angustia.

(Vase por la puerta de la izquierda.)

ESCENA V

(Sotelo, Núñez, don Pedro de Quesada, don Baltasar de Quesada, don Fernando de Bocanegra y conjurados.)

SOTELO.-¡Amigos!

(Todos saludan a Sotelo: éste se sienta, invitando a los demás a hacerlo.)

La hora llegó de la prueba
armaos de fuerza, constancia y valor.
De México débil seremos columnas,
en sangre bañado perezca Muñoz.
Cubiertos de espanto miramos encierros
do nunca penetran los rayos del sol;
en ellos gimiendo la víctima triste
expira entre angustias y amargo dolor.
Y vemos doquiera cadalsos horrendos,
cobardes verdugos de rostro feroz,
las calles y plazas regadas de sangre,
familias cubiertas de luto y pavor.
Y en tanto en un trono, cual fiero monarca,
se sienta orgulloso el déspota atroz,
cercado de guardias, de viles esclavos,
de fausto y grandeza, de regio esplendor.
¿Iremos rendidos, los ojos en tierra,
latiendo alarmado el vil corazón,
a hincar la rodilla delante del trono,
con rostro amarillo de miedo y terror?
Jamás tal bajeza permitan los cielos.
En vez de abatidos pedirle perdón,
su pecho destroce la espada buida:
¡muramos!, empero morir con honor.

PEDRO-Valiente Sotelo, tu voz poderosa
infunde en mis venas volcánico ardor;
estoy impaciente de entrar en combate:
¡entremos!, ¡entremos!, delante iré yo.
Cubierta de canas mi frente rugosa
miráis, mis amigos; mas tengo valor;
aún fuerzas conserva la trémula mano,
aún late sañudo mi fiel corazón.
Mas quiero teñidas de sangre mis canas,
mas quiero en cadalso morir al rigor
de ruda cuchilla, que una alma cubierta

de vileza infame, de feo baldón.

SOTELO.-Ilustre Quesada, anciano valiente,
que tiene de un joven el fuego y vigor,
seréis el caudillo: jamás hallaremos
un hombre más firme; más digno que vos.

PEDRO.-A ti pertenece, Sotelo, ese cargo;
como a tí, a ninguno Muñoz agravió.
Tú tienes derecho de ser él que mande.

(A los conjurados.)

¡Sotelo es el jefe!

TODOS.-(Menos Sotelo y don Pedro de Quesada.)
¡Que sea!

(Silencio.)

SOTELO.-Muñoz,
ahora en los brazos de sueño apacible,
de ser sorprendido no tiene temor.
Al punto volemós; es débil su guardia,
de darle mil golpes llegó la ocasión.

BALTASAR.-No creo prudente que vayamos ora;
el cielo está limpio, su claro fulgor
esparce la luna parece que brilla
en medio al espacio la llama del sol.

NÚÑEZ.-¿Acaso tendremos que estar esperando
que el cielo se cubra de obscuro color
para ir valerosas, la espada en la diestra,
a dar al tirano la muerte feroz?
Que espere el cobarde, el vil asesino,
de espesas tinieblas el manto de horror;
de luna apacible la luz no es temida
del hombre que salva la opresa nación.

SOTELO.-Demás que bastantes ya somos nosotros;
es débil la guardia, repito; y valor
no falta en los pechos para ir, cual valientes,
a hundir en la tumba al bajo Muñoz.
¿Quién puede más tiempo sufrir vilecido
a ese hombre que infame nos roba el honor?

A ese hombre altanero, que a mengua tendría
la gorra quitarse delante de Dios.

BOCANEGRA.-Doquiera que llevo la planta, señores,
escucho las quejas del hombre infeliz,
que al cielo elevando sus tristes clamores,
desea del yugo librar la cerviz.
Alzando nosotros la voz de venganza,
al punto los bravos irán en tropel,
blandiendo el acero con firme pujanza,
al débil palacio del monstruo cruel.

NÚÑEZ.-Si alguno atrevido miró frente a frente
su rostro, do el crimen el cielo marcó,
al punto, lanzando quejido doliente,
del potro las aspas temblando sintió.

SOTELO.-Parece que al cielo declara la guerra
y quiere al Eterno su solío usurpar,
que altivo, soberbio, jamás a la tierra
la erguida cabeza se digna bajar.

BALTASAR.-Aquel que a su vista despliega los labios,
cargado de hierros en cárcel se ve.

PEDRO.-Aquel que no llora funestos agravios,
de amigo el cadáver detiene su pie.

BOCANEGRA.-¿De cándida virgen que llora al amante,
los hondos gemidos en vano serán?
¿Los hombres, innobles, la espada tajante,
de orín renegrida, colgada tendrán?

PEDRO. ¿Habremos dejado los cielos de allende,
los campos de España, la tierra del Cid,
para que un cobarde, un déspota aquende
nos llene de infamia, de oprobio?... ¡Decid!

NÚÑEZ.-Los que hemos nacido en este hemisferio,
¿habremos de humildes el yugo sufrir?
¿no habrá entre nosotros un solo guerrero
que sepa la espada con fuerza blandir?
¿nos falta el aliento? ¿nos faltan puñales?
¿acaso la muerte nos causa pavor?...

BOCANEGRA.-Estamos resueltos, y somos leales;

aún arde en los pechos sublime furor.

SOTELO.-Por cruda venganza mi pecho palpita;
venganza mi esposa requiere también;
la sombra de Berta ¡venganza! nos grita...

NÚÑEZ.-Venganza reclamas, ¡venganza! ¡Mi bien!

BOCANEGRA.-La cárcel horrenda, ¡venganza!,
retumba palabra que al cielo vibrando llegó.

PEDRO.-Del íntimo seno de cóncava tumba
la voz de venganza tronando salió.

SOTELO.-¡Marchemos!, que el tiempo se avanza veloz.
Hoy mismo daremos el golpe fatal.

PEDRO.-Hoy mismo.
(Se levanta: todos le imitan.)

TODOS.-¡ Marchemos!

SOTELO.-¡ El monstruo feroz expire entre sangre!

UNOS.-¡ Sí! ¡Sí!

OTROS.-¡La señal!

SOTELO.-Al punto esparcidos, silencio guardando,
al débil palacio violentos marchad,
y en él, a los guardias con fuerza atacando,
al déspota fiero rabioso buscad.
Ya os sigo: no tardo.

TODOS.-(Menos Sotelo.) ¡Marchemos! ¡marchemos!

SOTELO.-Que "muera el tirano" daré yo la voz;
y luego, cual tigres, furiosos entremos...
¡Pensad en la gloria!...

TODOS.-(Al aire, menos Sotelo.) ¡Que muera Muñoz!

ESCENA VI

(Sotelo, Núñez. Sotelo se queda pensativo; luego va precipitadamente hasta la puerta del fondo, toma de una mano a Núñez, que ya se iba con los demás, y le conduce al proscenio.)

SOTELO.-¿Me amáis, Gonzalo?

NÚÑEZ.-Quien lo dude, al punto
probará el filo de mi fuerte acero.

SOTELO.-Esas palabras, generoso Núñez,
de gozo llenan mi afligido pecho.

NÚÑEZ.-¿Queréis de mi amistad alguna prueba?

SOTELO.-La exijo.

NÚÑEZ.-Hablad. ¿Queréis mi vida?

SOTELO.-Quiero
sacrificio mayor.

NÚÑEZ.-¿Cuál es?, decidme
estoy pronto, mandad.

SOTELO.-Lo que pretendo
es mucho, es mucho...

NÚÑEZ.-Si exigís que inmovible
sufra del potro los martirios fieros,
estoy pronto: ni un grito, ni un gemido
se escapará de mi angustiado seno.
Por Dios potente y por mi honor lo juro,
y yo sabré cumplir lo que prometo.
Aquí tenéis mi mano.

SOTELO.-*(Tomándola con afecto.)* Joven digno
de más benigna suerte, yo agradezco
tu buena voluntad: viertes en mi alma
el bálsamo suave de consuelo.
Celestina infeliz, mi cara esposa,
queda entregada a su letal tormento,
sin que una mano generosa y pía
venga a aliviar su corazón opreso.
¿Qué será della en tan amargo trance,
sin más apoyo que el benigno cielo?
Sola, y hundida en el profundo abismo

de zozobras, temores y recelos,
por los pesares comprimida el alma,
cederá del dolor al duro peso.
Tú la acompañarás, mi fiel Gonzalo:
de tu amistad esto es lo que pretendo.

NÚÑEZ.-¿ Y pretendéis que cual mujer, cual niño,
en calma permanezca en este encierro,
en tanto que los otros, más felices,
vuelan, la espada con furor blandiendo,
al palacio del déspota feroz
a matar o morir como guerreros?

SOTELO.-Idos. Ya sé que uno solo, un solo amigo
en este mundo de dolor no tengo.

NÚÑEZ.-¡Ah! ¿Qué dije? ¡Perdón! Mi fantasía
es un mar agitado por los vientos...
Volad, don Baltasar; yo a vuestra esposa
serviré de defensa y de consuelo.

SOTELO,(Estrechándole la mano.)
¡Caro amigo!, ¡mi hermano!, si en la lucha
que por mi honor y la virtud emprendo,
una cuchilla o ardorosa bala
rompen con furia mi agitado pecho,
y entre el horror de la tremenda pugna
quedo por tierra desangrado y muerto,
tú serás el sostén de Celestina.
En compañía de mi hermano Diego
a otras naciones partiréis, en donde
la tiranía atroz no tenga imperio.
Allí felices viviréis...

NÚÑEZ.-¡ Felices!
¿Felices, Baltasar?...

(Aparece Celestina.)

SOTELO.-(Abrazándole.) Gonzalo, siento
que lágrimas descienden de mis ojos...
¡Debilidad! ¡ debilidad!... El tiempo
rápido vuela. ¡Adiós, hermano mío!
tal vez por siempre: ¡adiós!

NÚÑEZ.-¡Adiós!

SOTELO.-¡Oh cielos!

(Al irse Sotelo apresuradamente por el fondo, ve a Celestina que está inmóvil y con los ojos clavados en él.)

ESCENA VII

(Sotelo, Núñez, Celestina. Núñez se retira hacia el fondo, se sienta, inclina la cabeza pensativo.)

CELESTINA.-(Después de un momento de silencio.)

¿Y así te vas a recibir la muerte?...

¿Y así precipitado, ardiente, ciego
te vas de esta mansión? ¿No habrá siquiera
un adiós para mí?

SOTELO.-Grandes tormentos
desgarran ya tu corazón, esposa,
para afligirte más. El hado adverso
nos condena a sufrir duros martirios;
nosotros aumentarlos no debemos.
Hoy los gemidos de virtud opresa
me están llamando a combatir cual bueno:
siento en mis venas el ardor terrible
que anima en los combates al guerrero.
Miro de libertad los fuertes hijos
de la gloria sentados en el templo:
yo los quiero imitar: oigo sus voces,
y en ellas percibir mi nombre creo...
Me llaman, sí, ¡me llaman! ¡Celestina!...
¡Cómo palpita de placer mi pecho!
Suda mi frente, se estremece mi alma,
lanzan mis ojos devorante fuego...
¡Oh dulce, oh dulce, indefinible gozo!
me mata, ¡oh Dios!, ¡me mata este contento!
Mañana, al relucir la luz del día,
no soy un hombre, no, soy héroe excelso.

CELESTINA.-¡Oh loca fantasía! ¡Dios! Mañana
mis ojos te verán tendido y yerto:
¡mañana! no: tal vez dentro de una hora;
mi angustia y mi dolor lo están diciendo.

SOTELO.-¿Por qué, mi Celestina, buscas siempre
de los pesares el fatal extremo?

¡Muerte!, ¡Muerte! ¿Y porqué? ¿Los que pelean
por fuerza han de tener un fin sangriento?
¿Tan cierta estás de que enemiga bala,
venida de arcabuz firme y certero,
mi corazón ha de rasgar? ¿Acaso
carezco de valor, de noble esfuerzo,
para impedir que rompan mi cabeza
los cortantes fatídicos aceros?
Y aun cuando fuere así: gloria es y grande
morir en los combates truculentos.
Morir por la inocencia perseguida,
por la sublime libertad. Yo mismo
a Gil González y a su hermano Alonso
vi perecer en el cadalso horrendo:
¡yo los miré, yo los miré! El verdugo
sus cabezas tronchó con duro hierro,
y de mis ojos lágrimas ardientes,
quemando mis mejillas descendieron.
Odio, venganza atroz juré de entonces
a la audiencia y al rey. Cuando el empleo
de virrey ocupó el Marqués de Falces,
se mitigó mi encono y mi despecho.
Yo le amé, le adoré... mas fue lanzado
por vil calumnia de su infirme puesto;
y cual tigre, cual peste asoladora,
gigantesco se alzó Muñoz el fiero.
Yo le supe sufrir, bajé la frente,
y toleré de esclavitud el peso.
Desde mi hogar pacífico y aislado,
solo, y en triste oscuridad envuelto,
vi levantar al monstruo la cabeza,
vi de sus ojos el ardor sangriento,
y vi el país temblando desplomarse
al fuerte impulso de su soplo infecto.
¡Fue egoísmo, maldad! De mi apatía,
de mi necia apatía me avergüenzo;
mas voy a reparar ora mi falta
de libertar a México aún es tiempo.
El déspota mi honor ha mancillado,
súbitamente me arrancó del sueño,
y afiló la cuchilla que esta noche
ha de romper su envenenado seno.

CELESTINA.-¡Fatal honor, que al hondo precipicio
te arrastra, tu razón oscureciendo!
¡Fatal honor! que desolada y triste

me abandona en el árido sendero
de una vida infeliz, que me arrebató
a mi bien, a mi esposo, a mi universo.

SOTELO.-No te aflijas así, querida mía;
tu suerte entrega en brazos del Eterno:
Él es el defensor de la inocencia,
de la virtud y la orfandad consuelo.
Si el crimen alza la orgullosa frente,
su triunfo, Celestina, es pasajero,
que cae al fin en el inmundo polvo
cuando el potente Dios extiende el dedo.
El aire que respiro es una carga
insoportable para mí... En el cielo
busco del sol la magnitud sublime,
y un helado cadáver sólo veo;
miro velados de funéreo luto
los campos, la ciudad, el firmamento:
todo es horrible para mí, y amarga,
amarga como hiel la agua que bebo.
¡Adiós!, ¡adiós!, mi cara Celestina
¡o vencedor me encontrarás, o muerto!

CELESTINA.- (Como saliendo de un ligero estupor, fijando en Sotelo sus ojos atónitos y llenos de lágrimas.)
¿Te vas, por fin?....

SOTELO.-Esperan mis amigos,
empuñando impacientes el acero.

(Abrazando a Celestina.)

Dame los brazos... ¡Ah!, gozo divino
circula por mis venas cuando siento
junto a mi amante corazón el tuyo,
y entrambos laten a la par... ¿Qué veo?
¿Tú lloras, Celestina?, ¿tú? ¡Dios mío!
¿Serán mis males en el mundo eternos?

CELESTINA.- (Enjugándose las lágrimas.)
Este martirio despedaza mi alma.
¡Dame, Dios de bondad, dulce consuelo!
Una voz se levanta aterradora
del interior de mi agitado pecho,
y mi desgracia. atroz me pronostica,
entre aullidos horribles y siniestros.

SOTELO.-(Aparte.)

(¡Gran Dios! ¿Qué debo hacer? Honor me llama,
amor liga mis pies... ¡Amor funesto!...

¡No, no... partamos, sí; partamos pronto!

Te esperan, Baltasar, tus compañeros,
que más firmes que tú... No, la firmeza
aún se abriga en el alma de Sotelo...

Soy hombre, sí... debilidad de niño,
de mujer delicada, huye presto...)

Celestina, valor, en Dios confía...

¡Él protege la causa de los buenos!

(Abrazándola otra vez.)

¡Adiós, mi bien, adiós!

CELESTINA.-¡Esposo mío!

SOTELO.-¡Una faja de luz miro en el cielo!

(Separándose de Celestina con dignidad, alza Sotelo los ojos y manos al cielo, y se va precipitadamente por el fondo. Celestina cae en un sillón, cubriéndose el rostro; Núñez permanece inmóvil, con los ojos en tierra, y cruzados los brazos.)

ESCENA VIII

(Celestina, Núñez.)

CELESTINA.-(Después de un momento de silencio, y como teniendo la imaginación extraviada, haciendo dilatadas pausas en su discurso, como lo indican los puntos.)

Por fin se fue, se fue... ¡Dios poderoso!...

¿Ya en mis brazos jamás volveré a verlo?...

Sí... lo veré, pero tendido en tierra

vertiendo sangre del llagado seno,

lanzar de muerte el postrimer suspiro

entre gemidos tristes, lastimeros.

Y su lívido rostro contemplando,

y atronando los aires con lamentos,

apresurada buscaré el sepulcro,

como de salvación único puerto...

¡Ah!... Mi cabeza es un volcán ardiente...

Tiemblan y sudan a la par mis miembros,

mi vista ofusca opacidad extraña,

bajo mis pies volar la tierra siento...

¡Todo es horror!, ¡todo es horror!

(Levantándose despavorida y fijando los ojos en tierra.)

¡Dios mío!

¡Qué ensangrentado y espantoso espectro
ante mí se levanta formidable,
una cuchilla con furor blandiendo!..

(Temblando y con voz terrible.)

¡Socorro!

(Juntando las manos y en tono suplicante.)

¡Por piedad, no le asesines!
No asesines, cruel, a mi Sotelo!...

NÚÑEZ.-(Mirándole espantado, y acercándose a ella.)
¡Celestina!

CELESTINA.-¡Qué voz!...

(Mirándole con ojos inmóviles.)

¿Qué es lo que quieres?...
¿Vienes tú compasivo a socorrerlo,
o a hundirle otro puñal?...

(Separándolo con dulzura.)

¡Dejadle, amigo;
no interrumpáis su apetecible sueño!...
¡Apartaos, dejadle!... Su alma pura
gozando está del eternal sosiego...

NÚÑEZ.-(Tomando una mano de Celestina.)
¡Celestina ! ¡Oh dolor!... ¿Habrás perdido
acaso la razón?... Signo funesto
nos persigue tenaz... Mírame: ¿acaso
no me conoces ya?... Tu amigo tierno,
el que llora contigo tus desgracias,
Gonzalo Núñez...

CELESTINA.-¿De verdad?

NÚÑEZ.-Yo mismo
¿no me conoces ya?

CELESTINA.-(Llorando.) Sí; te conozco:
tú eres mi sólo, mi único consuelo.

NÚÑEZ.-Te engañas, Celestina, existe un hombre
que te idolatra delirante, ciego,
que si morir acaso le mandarás,
la muerte se daría en el momento.

CELESTINA.-¿Quién es?, ¿quién es?...

NÚÑEZ.-Don Baltasar.

CELESTINA.- ¡Mi esposo!...
Tienes razón, no me acordaba... Es cierto...
(Con acento dolorido.)
¡Mi esposo! ... ¡Cielos!...

NÚÑEZ.-¡Por piedad!

CELESTINA.-Habita
acaso ya el palacio del Eterno...

NÚÑEZ.-Cálmate, Celestina: no así apartes
tu fantasía del camino recto.
Tu esposo ante el palacio del tirano
ora está como bravo combatiendo:
dentro de presto le verás gozoso,
entre los vivas del alegre pueblo,
venir a colocar ante tus plantas
de la noble batalla los trofeos.
¡Oh, si yo tan feliz!...

CELESTINA.-¿Qué te detiene?
¿Por qué no vas como leal guerrero
a combatir junto a mi esposo amado?
Vuela, por compasión, vuela...

NÚÑEZ.-No puedo.

CELESTINA.-¿Tienes temor tal vez? Sígueme al punto:
una débil mujer te dará ejemplo.

NÚÑEZ.-¿Yo temer, yo temer al enemigo?...

Te juro por mi espada que no temo;
que de estar como estúpido encerrado,
cuando llama el honor, estoy inquieto;
que por alzar las armas enconoso
y entrar en el combate estoy ardiendo;
pero he empeñado mi palabra, y nunca
la pueden quebrantar honrados pechos.
Acompañarte prometí a tu esposo:
mi deber es cumplir lo que prometo.

CELESTINA.-¿Y qué puedo temer?... Este paraje
parece un largo y tétrico desierto,
nadie podrá venir. ¿Sabe el tirano
que en esta triste habitación me albergo?
Y aun cuando fuera así, ¿de visitarme
tendría ahora por ventura tiempo?

NÚÑEZ.-He dado mi palabra.

CELESTINA.-¡La levanto!
Por la amistad y por tu honor te ruego
que veloz te reúnas a mi esposo,
y que le auxilies en tan noble empeño.

NÚÑEZ.-¿Y si vuelve otra vez tu fantasía
a perder la razón, el buen sendero?

CELESTINA.-Ya estoy tranquila, sí; lo estás mirando;
mi rostro, Núñez, te lo está diciendo.
Dulce calma mi espíritu reanima,
ya duerme el corazón en el sosiego.
Vuela, Gonzalo, vuela... ¿No me escuchas?
Dame por compasión este consuelo.
¿Quién velará por la preciosa vida
de mi querido Baltasar?...

NÚÑEZ. (Yéndose precipitadamente.) Yo mismo.

ESCENA IX

CELESTINA.-(Sentada.) ¡Oh consuelo celestial
el de una amante mujer,
cuando en trance tan fatal
halla un amigo leal
que sienta su padecer!

Que empuñando valeroso
la espada tajante y luenga,
a socorrer al esposo
lleno de ardor se prevenga,
y luego acuda afanoso.
Que su fuerte escudo sea,
y si le mira caer,
no abandone la pelea,
ni satisfecho se crea
hasta morir o vencer.
Es del cielo la amistad
don dulcísima, sublime,
es bálsamo de bondad,
consuelo al triste que gime,
esplendorosa deidad.
¿Qué fuera sin ella el mundo?
Fuera un cadáver inmundo,
cárcel con duras cadenas,
pozo tétrico y profundo,
abismo de eternas penas.
Sin ella, mi caro esposo
ora tal vez moriría,
porque nadie presuroso,
blandiendo acero filoso,
en su ayuda acudiría.
Ensánchase el corazón
anegado en dulce calma;
veloz huye la aflicción,
y se apodera del alma
la grata consolación.
Cuando la esperanza brilla,

(Se levanta. Abre la ventana y se asoma.)

el ánimo nada teme
luce ominosa cuchilla,
la tierra bramando treme,
y el corazón no se humilla...
Quiero el aire respirar,
que el fuego mi frente inflama,
y la abrasadora llama
después del pecho inundar
por las venas se derrama.
¡Qué silencio pavoroso!
Ni el viento siquiera zumba,
todo, todo está en reposo...

¡Parece el hueco espantoso
de la solitaria tumba!
En brazos del torpe sueño,
los que la ciudad habitan
ceden al mortal beleño
que a beber les dio su dueño,
y a los valientes no imitan.
Desde al sepulcro bajó
Guatimoc el valeroso,
el mexicano perdió
aquel ardor belicoso
que mil veces demostró.
Y humilde y cautivo ahora,
lanzando grito doliente,
sus tristes desgracias llora,
y ante España, su señora,
dobla abatido la frente.
Y el temido castellano,
descendiente del gran Cid,
besa temblando la mano
de un orgulloso tirano
que el rey mandó de Madrid.
¿Por qué vas a libertar
a esos esclavos del yugo,
valiente y fiel Baltasar?
¿No miras que a ellos les plugo
la coyunda soportar?
De González y su hermano
las nobles cabezas vieron,
tronchadas por hierro insano
en el suplicio inhumano;
y apenas se enternecieron.
¡Y acaso en cadalso impío
te mirarán perecer!...
¡Oh, qué horror!... ¡Esposo mío!...

(Cerrando la ventana y sentándose.)

¡Qué feroz, qué horrible frío
siento en mis venas correr!
Tiemblo toda... ¡Dios potente!
¿Y yo le veré subir
como un hombre delincuente
hasta el cadalso inclemente,
y en él la muerte sufrir?...
¡Ah!, primero sus entrañas

abra la tierra bramando,
y rugiendo las montañas
se desquicien, sepultando
las dos míseras Españas.
Parece que se conjuran
los abismos en mi daño,
parece que me aseguran
y despeñarme procuran
por la fuerza o por engaño.
Ya mi razón se extravía...
¡Socórreme, Dios Eterno!
¡Ah! ¡piedad, Virgen María!...
¡Prefiero la muerte impía
a este martirio de infierno!...

(Permanece un instante silenciosa con los ojos fijos en tierra, como entregada a una profunda agitación, luego se levanta despavorida, registrando la pieza.)

¿Qué escucho?... Yo me estremezco...
Alguien pasó junto a mí...
Sí, yo misma lo sentí...
¡Oh Virgen! ¡Cuánto padezco!...
Todo está tranquilo aquí...

(Cayendo de rodillas.)

Madre mía, Virgen pura,
por la letal amargura,
por el dolor que sentiste
cuando a Jesucristo viste
tendido en la sepultura,
consuela mi dura pena,
arráncame la aflicción,
rompe la férrea cadena
que me oprime el corazón
y alentar me deja apena.

(Permanece silenciosa y luego se levanta.)

Ahora sí, ya mi mente
tranquilizada se siente:
ya no sufre el fiero embate
de huracán que la combate
con su furor inclemente.

(Sentándose.)

Están mis miembros cansados
y siento horrible temblor;
mis párpados, agobiados,
se cierran desalentados
de la fatiga al rigor.
Mi esposo ahora quizá
ve de la muerte la saña;
y exangüe, y convulso...

(Se oye a lo lejos rumor confuso, que se acerca rápidamente.)

¡Ah!...
Si mi oído no me engaña...

(Levantándose alborozada.)

¡El momento llegó ya!
(Se oyen, truenos de arcabuces; Celestina corre a la ventana, la abre y se asoma.)

Truena la arcabucería
hacia el palacio sangriento...
Crece más la vocería...
¡Llegó el dichoso momento!...
¡No me ahogues, alegría!

(Asoma con ansia medio cuerpo fuera de la ventana y luego dice:)

Miro lucir los aceros...
Ya se alarma la ciudad;
los hombres acuden fieros,
y se apresuran...

(Gritando con fuerza.)

¡Guerreros!
¡Id!... ¡O muerte o libertad!...

(En ademán de irse.)

¡Vuelo, esposo, a socorrerte,
o contigo a perecer!
¡Cuando el varón se convierte
en héroe temible y fuerte,
se vuelve hombre la mujer!

(Con entusiasmo varonil.)

¡Cómo se agita mi mente!...
¡Hoy expiro de placer!
ardor guerrero se siente,
irresistible, potente,

(Corriendo otra vez a la ventana y gritando con júbilo.)

¡Ellos son! ¡Es mi Sotelo!...

(Cayendo de rodillas, alzando los ojos y manos al cielo.)

¡Gracias!, ¡oh!, ¡gracias, Señor!...

(Levantándose precipitadamente, y corriendo a la puerta del fondo.)

por pecho y venas correr.
Aquí se acerca el rumor...
Voy a abrazar a mi amor...
¡Albricias!

ESCENA X

(Celestina, Muñoz. Aparece Muñoz sin armas; permanece un instante inmóvil y mirando a Celestina con sonrisa infernal; después se adelanta y la toma de un brazo. En toda esta escena debe la ironía marcar las palabras de Muñoz.)

MUÑOZ.-(Saliendo.) Espera.

CELESTINA.-(Retrocediendo aterrorizada.)
¡Cielo!

MUÑOZ.-Otra vez en mi poder,
nueva Melisendra, estás;
de mis manos no te irás,
perversa, ingrata mujer.
¿En dónde está tu marido?
Aquí le aguardo, que venga, q
ue contra mí se prevenga...
Acaso estará escondido...
Llámale, que aquí le espero;
llámale al punto, mujer.
Nada tiene que temer,
vengo solo y sin acero.

Ese tigre, ese león
que México vio asombrado,
¿en qué parte se ha ocultado?
¿Tiembla ya su corazón?
Vuestro Gaiferos ahora
a las tablas jugará,
y no se acuerda quizá
de la princesa que adora.
Mas Carlomagro, que vio
a su sobrino Gaiferos
jugando con Oliveros,
de esta manera le habló:
"No con los dados se gana
ni con las tablas el crédito,
ni arrojando leves cañas
reputación entre buenos."

....

"Melisendra está en Sansueña,
vos en París descuidado:
vos ausente, ella mujer...
Harto os he dicho: miradlo."

(Viendo llorar a Celestina.)

"No lloréis vos, mi señora,
no queráis así llorar..."
Catad que el triste penare
la vuesa faz descolora.
Tornad esos ojos bellos
a vueso cativo amante,
ca, si bien non es andante,
non deja de merecellos.
Dueña fermosa e garrida,
ruégovos que me fabledes,
que escudo en mí fallaredes
contra el mal que vos trucida.

C\$LESTINA.-Monstruo que el averno lanza
para desgarrar mi pecho,
¿no estás aún satisfecho
de tan horrible venganza?
El seno a Berta rompió
vuestra cuchilla sangrienta,
¿y vuestra maldad sedienta

del crimen no se sació?
Os burláis de mi dolor
como un hombre endurecido
¿no os enternece el gemido
de la víctima, señor?
A mi doliente penar
un tigre se enterneciera,
y a mí apacible viniera
mi espíritu a consolar.
Y vos os entretenéis
en aumentar mi tortura,
y en mi feroz amargura
parece que os complacéis.

MUÑOZ.-¿Qué mucho, si una mujer
no me da consolación,
y hace que mi corazón
no cese de padecer?
¿Sólo ella sabe sentir?...
No ignora que mi alma abriga
una pasión enemiga
que penas me hace sufrir,
y con desprecio y desdén
mira mi voraz pasión...
También tengo corazón,
males padezco también.

CELESTINA.-Soy mujer y tengo dueño,
y soy hija del honor.
Dejad vuestro ciego amor,
abandonad vuestro empeño.
Si os preciáis de castellano,
no ajena mujer busquéis,
ni el oro de otro toquéis,
que os tacharán de villano.
El honrado caballero
a nadie nada arrebate,
sólo en sangriento combate
quite al contrario el acero.
Bien se mira no teméis
de Felipe Rey de España
la justa tremenda saña,
puesto que así procedéis.

MUÑOZ.-No os desazone mi suerte;
todo mi amor lo soporta.

CELESTINA.-(Aparte.) (¡Oh dolor!)

MUÑOZ.-¿Y qué os importa
que el rey me mande dar muerte?
Mientras en México esté
y el poder se halle en mi mano,
aunque parezca tirano,
en mi palacio os tendré.

CELESTINA.-(Aparte.) (Señor, Señor de bondad,
¿do estará mi esposo ahora?)

MUÑOZ.-Mi ardiente pecho te adora,
irresistible beldad.
Cuando el rey me llame a España
conmigo te llevaré,
y claramente veré
si he provocado su saña.
Los hechos del soberano
imita el vasallo fiel:
tirano, dicen, que es él,
por eso soy yo tirano.
A la faz del mundo entero
el rey los favores goza
de la mujer de Mendoza,
su ministro y consejero.
Yo, que le quiero imitar,
a ti elijo por amante,
que eres bella, interesante.

CELESTINA.-(Inquieta. Aparte.)
(¿Qué será de Baltasar?)
¡Ah, Señor!, tened piedad
desta mujer desdichada,
huérfana, desamparada,
que no os ofende...

MUÑOZ.-Escuchad
sostén de la religión
Y de la sagrada ley,
nuestro magnánimo rey
protege la Inquisición.
Y ha jurado exterminar
a los perversos impíos;
y a hechiceros y judíos

mira con gozo quemar.

CELESTINA~(Aparte.)
(¡Cuánto padezco!)

MUÑOZ.-Yo acá
a los rebeldes castigo;
tu esposo, tu dulce amigo,
a hierro perecerá.

CELESTINA.-(Aparte.) (¡Por lo que Cristo sufrió
dadme piadoso la muerte,
Señor!...)

MUÑOZ.-De la misma suerte
pensamos Felipe y yo.
Si él a su hijo con desdén
manda matar, yo a Sotelo...

CELESTINA.-¿Y qué no teméis al cielo?...

MUÑOZ.-El Papa nos quiere bien.

CELESTINA.-¡Como el tormento apagar
que abrasa mi corazón!...
Tened, señor, compasión
de mi horroroso penar.

(Queriendo irse.)

¡Dejadme, dejadme!... Corro
desesperada y...

MUÑOZ.-(Deteniéndola.) ¿Do vas?...
De mi lado no te irás.
¿Pensabas pedir socorro?

CELESTINA.-¡Aquí me tenéis, matadme! ...
Romped furioso mi seno,
un ardoroso veneno
a beber al punto dadme;
mas tened de mí piedad...

(Se hinca.)

Os lo pido de rodillas...

MUÑOZ.-Al fin, ingrata,
te humillas ante mi poder.
Alzad.

(La levanta.)

Que no quiero a la mujer
que tiene en mi pecho un trono,
en tan mortal abandono
delante mis ojos ver,
sino a mi cuello pendiente,
con sus brazos relajado,
respirando entusiasmado
su hálito puro y ardiente.

CELESTINA.-*(Aparte.)*
(¡Oh prisión dura, terrible,
que me privas de buscar
a mi amado Baltasar!)

MUÑOZ.-Celestina, sé sensible
sígueme al punto, mujer,
si no, juro por el cielo
que perecerá Sotelo.

CELESTINA-¡Ay! ¿Está en vuestro poder?

MUÑOZ.-No lo sé.

CELESTINA.-*(Aparte.)* (¡Dios poderoso!
¡Dad a mi alma fortaleza!...)
(A Muñoz.)
Aquí tenéis mi cabeza,
pero volvedme a mi esposo.

MUÑOZ.-Anhelo tu corazón.

CELESTINA.-Arrancádmelo del pecho.

MUÑOZ.-¡Teme, teme mi despecho!

CELESTINA.-¡Dura desesperación!

(Siéntase como desfallecida, y después momento prosigue.)

Nada, nada de vos quiero:
esto ya es mucho sufrir...
Sé que voy presto a morir:
ya nada en el mundo espero.
¿Por qué a mi doliente voz
no me sepulta el infierno?...
Si allí el tormento es eterno,
ha de ser menos atroz!
¡Cómo mis sienes se agitan!
Cuál tiembla mi corazón!
¡Cómo a la cruda aflicción
mis miembros se debilitan!
Deseo ansiosa llorar
y están mis ojos exhaustos!...
¡Ah!, mis dolores infaustos
van por último a cesar.
¡Se rompen por fin los lazos
que me sujetan al suelo...
ya se abre para mí el cielo,
ya Dios me extiende los brazos!

(Inclina la cabeza mirando fijamente la tierra los brazos.)

MUÑOZ.-Tu ardiente imaginación
visiones te hace mirar,
mas pronto se ha de calmar
tu rebelde corazón.
Si tal vez no fuere así,
tú lo mereces, mujer,
que te quisiste perder
tú misma...

ESCENA XI

(Celestina, Muñoz, Tristán, soldados.)

(Tristán se acerca a Muñoz, y luego se aparta hacia un lado; los soldados se quedan en la puerta del fondo.)

TRISTÁN.-(Llegando.) Ya estoy aquí.

MUÑOZ.-(A Tristán.) ¿Has concluido?

TRISTÁN.-Sí, señor.

MUÑOZ.-(A Celestina.) Resuélvete: o a venir,
o a Sotelo ver morir...
¿Qué dices?.¿Tendrás valor?.....
Habla, Celestina, al punto:
no creas que con callar
te has de poder libertar
de ver tu esposo difunto.
Alza del suelo la faz;
y en el instante, sí o no
responde... ¿Qué dices?

CELESTINA.-(Volviendo en sí, y con voz desfallecida.)
Yo...
Dejadme, por Dios, en paz.

MUÑOZ.-Ya cumplo con tu deseo,
y para siempre me voy;
mas compañero te doy
de tu agrado, según creo.
En tan triste soledad
no os dejaré, por mi gusto,
pues no me parece justo
que esté sola una beldad.
Y al separarme de vos
os entregaré a Sotelo...

CELESTINA.-(Levantándose precipitadamente, dejando ver su regocijo, y buscando a Sotelo con ansiedad.)
¿De veras?... ¡Benigno cielo!...

MUÑOZ.-(Señalando al fondo.) Allí le tenéis.

(A una seña de Muñoz se abren los soldados y adelantan el cadáver de Sotelo en una silla; Celestina corre adonde está Sotelo, cae de rodillas delante de él, abrazándolo con fuerza, grita con voz penetrante.)

CELESTINA.-¡Gran Dios!

MUÑOZ.-Si el rebelde pereció,
a la fortuna culpado.

(A Tristán.)

De Sotelo separad a esa mujer.

(Tristán y un soldado tratan de levantar a Celestina.)

TRISTÁN.-¡Ya expiró!

MUÑOZ.- (Mirando a Celestina con ojos despavoridos.)
¿Qué hablas?... ¡Ah!... Desdicha fuerte...

(Queriéndola levantar.)

¡Ha muerto! ¡Ha muerto! ¡Piedad!...
¡Soldados! ¡Venid, volad,
y dadme pronto la muerte!

(Los soldados se apartan atemorizados. Muñoz continúa, separando el rostro como poseído de horror.)

¡Espectáculo funesto tengo ante mi vista aquí!

(Corriendo a la puerta del fondo.)

¡Soldados, huid de mí,
que yo mismo me detesto!

FIN DEL DRAMA